

Más de cincuenta años han pasado desde que León Trotsky fuera asesinado en Coyoacán, ciudad de México. Revolucionario de hecho y palabra, impulsor de la IV Internacional del movimiento obrero y agudo pensador político, en sus escritos se plasma toda una época de luchas y contradicciones. Execrado por algunos y admirado por otros, esta antología nos lleva a reflexionar sobre la controvertida personalidad de Trotsky y sobre la vigencia de sus ideas.

LEÓN
TROTSKY

LA ERA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

LEÓN TROTSKY

LA ERA DE LA
REVOLUCIÓN
PERMANENTE

ANTOLOGÍA
DE ESCRITOS BÁSICOS
POR GEORGE NOVACK

INTRODUCCIÓN
DE ISAAC DEUTSCHER



9 789709 059038



UnioS!
Unidad Obrera y Socialista

MUSEO CASA DE
LEÓN TROTSKY



MUSEO CASA DE
LEÓN TROTSKY

LA ERA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE
Antología de escritos básicos de León Trotsky
por George Novack

En inglés: The Age of Permanent Revolution
A Trotsky Anthology

Primera edición en español:
Ediciones Saeta, México, 1967

Segunda edición en español:
Juan Pablos Editor, S. A., México, 1973

Tercera edición en español:
Juan Pablos Editor, S. A. y Uníós, México, 1998

Traducción: Manuel Aguilar, Luis Aldama,
César Nicolás Molina

© Juan Pablos Editor, S.A., 1973
Mexicali 39, México 06100, D.F.

ISBN: 970-9059-03-3

Reservados los derechos
Impreso en México

ÍNDICE

LEÓN TROTSKY: 58 AÑOS DESPUÉS	5
INTRODUCCIÓN	15
1. JUVENTUD Y PRIMER EXILIO: 1879-1905	43
Sobre el optimismo y el pesimismo; acerca del	43
siglo XX y muchos otros temas	43
El proletariado y la revolución	44
2. LA REVOLUCIÓN DE 1905	53
El soviét de 1905 y la revolución (cincuenta días)	53
Discurso a la corte zarista	58
3. PERSPECTIVAS REVOLUCIONARIAS Y SEGUNDO	
EXILIO: 1906-1914	63
La teoría de la revolución permanente	63
El nuevo resurgimiento	67
4. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: 1914-1917	71
La guerra y la Internacional	71
El manifiesto de Zimmerwald	79
5. LA REVOLUCIÓN DE 1917	84
La ley del desarrollo desigual y combinado	84
Los bolcheviques y Lenin	87
Discurso en el Soviet contra el gobierno	
de coalición	96

Declaración de solidaridad con los dirigentes bolcheviques	97
El Congreso de la dictadura soviética	99
6. EL EJÉRCITO ROJO Y LA GUERRA CIVIL: 1918-1921	109
Reglamentos de infantería y órdenes del estado mayor de la revolución	109
El terrorismo en la guerra y la revolución	110
7. LOS PRIMEROS CINCO AÑOS DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA: 1919-1924	117
Pensamientos sobre el progreso de la revolución proletaria	117
8. LAS TAREAS DE LA RECONSTRUCCIÓN SOVIÉTICA: 1921-1926	132
Rusia y el mundo capitalista	132
9. LA LUCHA CONTRA EL BUROCRATISMO STALINISTA: 1923-1929	137
Una carta para las reuniones del partido	137
Tesis sobre la revolución y la contrarrevolución	141
Crítica a la teoría del "socialismo en un solo país"	145
El termidor soviético	150
10. EUROPA: 1923-1940	162
Italia: cómo triunfó Mussolini	162
Alemania: el ascenso del hitlerismo	164
El ciclo del desarrollo fascista	165
La crisis del capitalismo alemán	166
La tragedia del proletariado alemán	170
¿Qué es el nacional-socialismo?	172
Francia: el momento crucial	181
España: la guerra civil	189
11. EL MUNDO DE HABLA INGLESA: 1917-1940	194
Inglaterra: la teoría fabiana del socialismo	194

Los Estados Unidos de América	203
Los dirigentes socialistas americanos	204
El imperialismo "pacifista" de los Estados Unidos	206
Si los Estados Unidos se volvieran comunistas	210
El fascismo y el Nuevo Trato	218
El futuro de los Estados Unidos	223
12. EL MUNDO COLONIAL: 1923-1940	226
Perspectivas y tareas en el lejano oriente	226
La segunda revolución china: 1925-1927	237
Carta abierta a los obreros de la India	242
13. LA CUARTA INTERNACIONAL: 1933-1940	249
La agonía del capitalismo	249
La Segunda Guerra Mundial	255
14. LOS PROGRESOS DE MOSCÚ	258
¡Yo acuso!	259
El porqué y la razón de estos juicios	263
15. LA DEGENERACIÓN DE LA REVOLUCIÓN RUSA Y EL CAMINO HACIA SU REGENERACIÓN	269
¿A dónde va la Unión Soviética?	270
La URSS y los problemas de la época de transición	274
Carta a los obreros de la URSS	276
16. POR LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMÉRICA LATINA	279
Las entrevistas con Mateo Fossa	279
América Latina y la guerra	280
La tarea de los sindicatos	280
México y el imperialismo británico	281
Consignas para liberar a los sindicatos	285
El futuro de América Latina	287

17. LOS CLÁSICOS DEL MARXISMO	289
Noventa años del Manifiesto Comunista	289
Lenin en el cincuentenario de su nacimiento	298
18. PROBLEMAS DE CULTURA, LITERATURA, ARTE Y ÉTICA	303
La lucha por el uso del lenguaje culto	304
Cultura y socialismo	308
Literatura y revolución	319
Tolstoi, poeta y rebelde	330
Fines y medios de la ética	334
19. CIENCIA Y FILOSOFÍA	345
El materialismo dialéctico y la ciencia	345
Radioactividad y materialismo	355
El ABC de la dialéctica materialista	358
20. EL TESTAMENTO DE TROTSKY	363
21. SU VISIÓN DEL FUTURO	366
Bibliografía para lectura adicional de las obras de Trotsky actualmente disponibles en español	369
Índices de nombres y materias	371

LEÓN TROTSKY: 58 AÑOS DESPUÉS

*En tanto viva, lucharé por el futuro, por ese radiante futuro
en el que el hombre será dueño de la cambiante corriente de su historia,
a la que dirigirá hacia los horizontes infinitos de la belleza, la alegría y la felicidad.*

Trotsky, 1901

*Cualesquiera que sean las circunstancias de mi muerte,
moriré con una fe inquebrantable en el futuro comunista.
Esta fe en el hombre y en su futuro me da
un poder tal de resistencia,
como no puede dar ninguna religión.*

Trotsky, 1940

Cincuenta y ocho años han pasado desde que el viejo revolucionario ruso, Lev Davidovich Bronstein —León Trotsky— fuera asesinado en su casona de Coyoacán, barrio pintoresco de la ciudad de México. Juan Pablos Editor, el Museo Casa de León Trotsky y la agrupación política nacional Unidad Obrera y Socialista ¡UnióS! prepararon la presente reedición de la Antología de escritos básicos de León Trotsky, titulada *La era de la revolución permanente*, selección a cargo de George Novack e introducción del biógrafo Isaac Deutscher. Cincuenta y ocho años después, Trotsky parece estar tan vivo como cuando cuidaba de sus conejos y cactus en Coyoacán, mientras escribía obras de profundidad literaria y analítica sobre el curso que la humanidad tomaría antes de la Segunda Guerra Mundial y colocaba los cimientos de la IV Internacional, obra que él consideró la de mayor importancia

poderosas fuerzas *políticas* tomen parte en la lucha histórica, fuerzas que son la resultante de todo el desarrollo económico precedente, sino ante todo porque el curso futuro del desarrollo económico de los Estados Unidos represente, por sí mismo, una gran incógnita. Las fuerzas productivas de los Estados Unidos de ningún modo están plenamente empleadas y la disminución del porcentaje de empleo significa a la vez una disminución de las fuerzas productivas. Los Estados Unidos no están suficientemente provistos de mercados de venta. Día con día, el problema de los mercados se está volviendo cada vez más inquietante. No es del todo imposible que en el futuro próximo, el coeficiente de comparación de la capacidad de producción tienda a ajustarse, por dos razones: por el aumento de la nuestra y por la disminución de la de los Estados Unidos. Desde luego, esto se aplica mucho más enfáticamente a Europa, cuyo nivel de producción es ya mucho más bajo que el de los Estados Unidos.

Una cosa es evidente: la superioridad de la técnica y de la economía capitalistas continúa siendo enorme todavía. Hay que prever un ascenso inminente; las tareas y las dificultades son verdaderamente enormes. No se puede encontrar una senda de seguridad más que con la ayuda de las varas de medición de la economía mundial.

9

LA LUCHA CONTRA EL BUROCRATISMO STALINISTA: 1923-1929

UNA CARTA PARA LAS REUNIONES DEL PARTIDO

En 1923 poco antes de la muerte de Lenin, la exhortación de Trotsky para que se llevara a cabo una rápida industrialización, constituyó uno de los puntos de su controversia con la "troika" (Stalin, Zinoviev, Kamenev); empero, resultaron más importantes sus ataques contra el burocratismo, cada vez mayor en el seno del Partido y del Estado y sus exigencias por el "restablecimiento de la democracia proletaria". El respaldo a estas exigencias alcanzó tal fuerza, que en el otoño de 1923 el Buró Político se vio obligado a adoptar una resolución prometiendo el restablecimiento de las libertades de expresión y de crítica... por lo menos en el Partido Comunista. Stalin, Zinoviev y Kamenev se encargaron de que la promesa quedara como letra muerta: como consecuencia, Trotsky publicó una serie de artículos, reunidos más tarde en un opúsculo denominado EL NUEVO RUMBO. Dentro de los círculos soviéticos gobernantes, la batalla de vida o muerte había comenzado. La carta que sigue apareció en PRAVDA el 10 de diciembre de 1923.

En los debates y en los artículos de los últimos tiempos se enfatiza que la democracia "pura", "completa", "ideal" es irrealizable y que en general para nosotros, no constituye por sí misma un fin; esto es indiscutible. Pero con igual razón puede afirmarse que el centralismo puro, absoluto, es irrealizable e incompatible con la naturaleza de un partido de masas y que tampoco puede constituir un fin en sí mismo, como tampoco lo puede ser el aparato del partido.

De *The New Course* [El nuevo rumbo] por León Trotsky, pp. 90-95. Versión al español: *Nuevo Rumbo*, Ed. Oriente, España, 1928. p. 177.

La democracia y el centralismo son dos aspectos de la organización del Partido. El problema consiste en armonizarlos del modo más correcto, esto es, del modo como mejor corresponda a la situación: durante el último período, tal equilibrio no existió. El centro de gravedad fue equivocadamente, desplazado hacia el aparato; la iniciativa del Partido fue reducida al mínimo y con ello surgieron hábitos y procedimientos del grupo directivo, en contradicción fundamental con el espíritu de una organización proletaria revolucionaria. La centralización excesiva del aparato a expensas de la iniciativa, engendró una sensación de malestar. Este malestar, en la periferia del partido asumió formas sumamente mórbidas que, entre otros aspectos, se tradujeron en el surgimiento de agrupaciones ilegales, dirigidas por elementos indudablemente hostiles al comunismo. Simultáneamente, el Partido en su conjunto reprobaba más y más los métodos burocráticos de resolución de los problemas. La idea, o por lo menos la sensación de que la burocracia amenazaba con llevar al Partido a un callejón sin salida, era casi general. Algunas voces se elevaron para señalar el peligro. La resolución [del Politburó] sobre el nuevo rumbo constituye la primera expresión oficial sobre la transformación que se había operado en el Partido; ésta se realizará en el grado en que el Partido, es decir, en el que sus cuatrocientos mil miembros deseen y tengan éxito para lograrlo.

En muchos artículos se está haciendo el esfuerzo de demostrar que, para revitalizar al Partido, es necesario comenzar por elevar el nivel de sus miembros, después de lo cual todo lo demás, es decir, la democracia de los trabajadores, advendrá por su propia fuerza. Es indiscutible que debemos elevar el nivel ideológico de nuestro Partido a efecto de capacitarlo para realizar las gigantescas tareas que se le vienen encima; pero precisamente por ello, un método puramente pedagógico, académico de enfocar el problema resulta insuficiente y por tanto, erróneo. Insistir en él, indefectiblemente producirá un agravamiento de la crisis.

El Partido no puede elevar su nivel más que realizando sus tareas esenciales, mediante la dirección colectiva que pone de manifiesto la iniciativa de la clase trabajadora y del Estado Proletario.

El problema debe ser abordado no desde un enfoque pedagógico sino político. La aplicación de la democracia de los trabajadores no puede supeditarse al grado de "preparación" que tengan los miembros del Partido para dicha democracia. Un partido es un partido. Podemos establecer requisitos exigentes para quienes desean ingresar y permanecer en él, pero una vez que sean miembros, por ese hecho deberán participar, lo más activamente en todo el trabajo del Partido.

La burocracia mata la iniciativa y con ello impide la elevación del nivel general del Partido; esto constituye su defecto capital. Como el aparato inevitablemente está constituido por los camaradas más experimentados y con mayores méritos, la formación del burocratismo proyecta sus repercusiones más dolorosas sobre la educación política de las jóvenes generaciones comunistas. Asimismo la juventud, el barómetro más seguro del Partido, es la que más vigorosamente reacciona contra la burocratización de éste.

A pesar de ello, no deberá pensarse que nuestro sistema para resolver los problemas —confiado casi exclusivamente a los funcionarios del Partido— no ejerza influencia alguna en las viejas generaciones, quienes encarnan la experiencia política y las tradiciones revolucionarias del Partido. Aquí también, el peligro es muy grande. No es necesario hablar de la inmensa autoridad, no sólo nacional, sino internacional del grupo de veteranos de nuestro Partido; esto está universalmente reconocido. Pero sería una equivocación burda considerarla como absoluta. *La vieja guardia sólo podrá seguir siendo un factor revolucionario si, dentro del marco de la democracia, mantiene una constante colaboración activa con la nueva generación.* De otra manera, puede osificarse e inconscientemente convertirse en la expresión más consumada del burocratismo.

La historia nos ofrece más de un caso de degeneración de la "vieja guardia". Tomemos el ejemplo más reciente y sorprendente: el de los líderes de los partidos de la Segunda Internacional. Sabemos que Guillermo Liebknecht, Bebel, Singer, Víctor Adler, Kautsky, Bernstein, Lafargue, Guesde y muchos otros, fueron discípulos directos de Marx y Engels. Sin embargo, sabemos que dentro de la atmósfera del parlamentarismo y bajo la influencia de un desarrollo automático del Partido y del aparato sindical, todos estos líderes evolucionaron en todo o en parte, hacia el oportunismo. Vimos como en las vísperas de la guerra, el formidable aparato de la socialdemocracia, revestido con la autoridad de la vieja generación, llegó a constituir el freno más poderoso para el progreso revolucionario y nosotros, los "viejos", debemos confesar francamente que nuestra generación, que naturalmente desempeña el papel dirigente en el Partido, no está absolutamente a salvo del gradual e imperceptible desquebrajamiento entre sus filas, del espíritu revolucionario y proletario, si este Partido tolerase un crecimiento y una estabilización ulteriores de los métodos burocráticos, que transforman a la juventud en un material pasivo para la educación e inevitablemente crean una separación entre el aparato y la masa, entre los viejos y los jóvenes. El único medio del que dispone el Partido contra este indudable peligro, reside

en un cambio de actitud, serio, profundo, radical, hacia la democracia del Partido y en la incorporación, dentro de sus filas, de un número cada vez mayor de elementos de la clase trabajadora.

No voy a detenerme en las definiciones jurídicas de democracia del Partido, ni sobre los límites que los estatutos del propio Partido le imponen. Con toda la importancia que pueden tener, estos problemas son secundarios. Los examinaremos a la luz de nuestra experiencia e introduciremos en ellos las modificaciones que resulten necesarias; pero, antes que nada, lo que necesita modificarse es el espíritu que reina en nuestras organizaciones.

Cada unidad del Partido debe volver a practicar la iniciativa colectiva, el derecho de crítica libre y camaraderil (ejercido incansablemente y sin temor), el derecho de autodeterminación organizativa. Es necesario regenerar y renovar al aparato del partido y hacerle sentir que no es sino el instrumento de la voluntad colectiva.

Recientemente han aparecido en la prensa del Partido no pocos ejemplos que caracterizan a la ya osificada degeneración burocrática, en su moral y en sus relaciones. A las primeras palabras de cualquier crítica, la respuesta es: "Permítanos su carnet del Partido". Antes de publicar la decisión del Comité Central sobre el "nuevo rumbo" el mero hecho de señalar la necesidad de modificar el régimen interno del Partido era considerado por los funcionarios burocratizados como herejía, como faccionalismo, como una infracción a la disciplina; actualmente los burócratas ya están listos para "tomar en consideración", formalmente, al "nuevo rumbo", esto es a nulificarlo burocráticamente. La renovación del aparato del partido, naturalmente dentro del marco bien definido de los estatutos, debe proponer sustituir a los burócratas momificados por elementos frescos, estrechamente ligados a la vida de la colectividad o capaces de garantizar tal relación; y antes que otra cosa, debe eliminarse de los puestos de dirección a aquellos quienes, a la primera palabra de crítica, de objeción o de protesta enarbolan ante el crítico el rayo de las sanciones. El "nuevo rumbo" debe principiar creando a todo mundo la sensación de que a partir de ahora, nadie se atreverá a ejercer el terror dentro del partido.

Para nuestra juventud, el repetir después de nosotros nuestras fórmulas, le resulta completamente insuficiente; ella debe conquistar las fórmulas revolucionarias, debe asimilarlas elaborar sus propias opiniones, su propia fisonomía; debe ser capaz de luchar por sus concepciones con el valor que surge de una convicción profunda y de una independencia de carácter. ¡Fuera del Partido la obediencia pasiva, el allanamiento mecánico por las autoridades, la

supresión de la personalidad, el servilismo, el oportunismo! Un bolchevique no es solamente un hombre disciplinado, es un hombre que en cada situación y frente a cada problema, forja su propia opinión con firmeza y la defiende con valor e independencia, no solamente contra sus enemigos, sino aún dentro de su propio Partido. Quizás hoy, dentro de su organización este en minoría y se someterá, porque es su Partido, pero esto no siempre significará que se halle en un error. Probablemente él vio o entendió, antes que los otros, una nueva tarea o la necesidad de un viraje. Persistentemente planteará el problema una segunda, una décima vez si fuera necesario. De esta manera, prestará un servicio a su Partido, ayudándole a cumplir la nueva tarea completamente armado o a llevar a cabo el viraje necesario sin trastornos orgánicos, sin convulsiones faccionales.

Claro está, nuestro Partido estaría incapacitado para realizar su misión histórica si se fracturara en fracciones; esto no debe suceder y no sucederá. No se disgregará de esta manera porque su colectividad autónoma, su organismo, lo impiden. Pero el peligro del faccionalismo sólo puede combatirse venturosamente mediante el desarrollo y la consolidación del nuevo rumbo hacia la democracia de los trabajadores. *El burocratismo del aparato es precisamente una de las fuentes principales del faccionalismo*; reprime implacablemente la crítica y sofoca el descontento hacia los rincones más apartados de la organización. Propende a colocar el membrete de faccionalismo a toda crítica, a toda advertencia. El centralismo mecánico que necesariamente se complementa con el faccionalismo es, tanto una perversa caricatura de la democracia, como un peligro político en potencia...

TESIS SOBRE LA REVOLUCION Y LA CONTRARREVOLUCION

En el clímax de la lucha de la Oposición de Izquierda contra el "bloqueo" de Stalin y Bujarin, el 26 de noviembre de 1926, Trotsky apuntó en su diario una serie de reflexiones sobre el significado de los acontecimientos que tenían lugar en esos momentos, el flujo y el reflujo de la revolución y el ascenso de la reacción stalinista. Las "tesis" siguientes expresan la quintaesencia de

De *Fourth International* [Cuarta Internacional], por León Trotsky. Octubre de 1941, pp. 251-252.

su análisis. Hasta ahora han aparecido impresos sólo una vez, en el número de octubre de 1941 de la revista Fourth Internacional (Cuarta Internacional).

1.—Las revoluciones en la historia, invariablemente fueron seguidas por contrarrevoluciones. Las contrarrevoluciones siempre arrojaron a la sociedad hacia un retroceso, pero no, hasta punto tal que la haga llegar al punto inicial de la revolución. La sucesión de revoluciones y contrarrevoluciones es el resultado de determinadas características fundamentales de la mecánica de la sociedad de clases, la única sociedad en la que son posibles las revoluciones y las contrarrevoluciones.

2.—La revolución es imposible sin la participación de las masas. A su vez, esta participación sólo es posible cuando las masas oprimidas vinculan sus esperanzas por un mejoramiento de su futuro, con la idea de la revolución. En cierto sentido, las esperanzas engendradas con la idea de la revolución son siempre exageradas. Ello se debe a la mecánica de la sociedad de clases, a las terribles condiciones de la abrumadora mayoría de las masas populares, a la necesidad objetiva de concentrar los más grandes esfuerzos y esperanzas con objeto de asegurar cuando menos los progresos más modestos y a cosas así.

3.—Pero de estas mismas condiciones proviene uno de los elementos más importantes —y más aún, uno de los más comunes— de la contrarrevolución. Las conquistas ganadas en la lucha no corresponden, y está en la naturaleza de las cosas el que no puedan corresponder *en forma directa*, con las esperanzas de las amplias masas atrasadas, despertadas por primera vez en el curso de la revolución. La desilusión de estas masas, su retorno a la rutina y a la futilidad, es una parte integrante del período postrevolucionario tan legítima como el paso al campo de la "ley y el orden", por las clases o capas de clases que habiendo participado en la revolución, ahora se muestran "satisfechas".

4.—Estrechamente vinculados con estos procesos, en el campo de las clases dirigentes tienen lugar procesos paralelos de naturaleza diferente y, en gran medida, opuesta. El despertar de amplias masas atrasadas trastorna el equilibrio usual de las clases dirigentes, las priva tanto de apoyo directo como de confianza en sí mismas, y de este modo permite a la revolución conquistar mucho más de lo que más tarde será capaz de retener.

5.—La desilusión en una parte considerable de las masas oprimidas sobre las inmediatas conquistas de la revolución y en directa conexión con ella, la declinación tanto de la energía política como de la actividad de la clase revolucionaria, crea entre las

clases contrarrevolucionarias un resurgimiento de la confianza; esto tanto entre las clases abatidas por la revolución pero que no fueron destruidas completamente, como entre las que, ayudando en una cierta etapa a la revolución, fueron en virtud del posterior desarrollo de la revolución, arrojadas al campo de la reacción...

20.—Sería un error ignorar que en la actualidad (1926) el proletariado es considerablemente menos sensible a las perspectivas revolucionarias y a las generalizaciones amplias, de lo que lo fue a través de la Revolución de Octubre y los años que la siguieron. El partido revolucionario no puede pasivamente adaptarse a todos y cada uno de los giros sentimentales de las masas, pero tampoco puede ignorar los cambios producidos por causas históricas profundas.

21.—La Revolución de Octubre, en un grado mucho mayor que cualquier otra revolución en la historia, despertó entre las masas populares y sobre todo entre las masas proletarias, las más grandes pasiones y esperanzas. Después de los inmensos sufrimientos de 1917-21, las masas proletarias han logrado un considerable mejoramiento de su situación; ellas anhelaban este mejoramiento y estaban deseosas de su desarrollo futuro, pero la experiencia les ha mostrado al mismo tiempo que el ritmo de su mejoramiento es tan extremadamente lento que en la actualidad, apenas les ha llevado a alcanzar el nivel de vida de la preguerra. Esta experiencia de las masas, cobra una incalculable importancia, en especial en relación a las generaciones viejas; se han vuelto más cautelosas, más escépticas, menos capaces de reacción directa ante las consignas revolucionarias, menos sensibles a las amplias generalizaciones. Estos estados de ánimo que se volcaron después de las rudas experiencias de la guerra civil y después de los éxitos de la restauración económica y que aún no han sido remodelados debido a modalidades nuevas dentro de las fuerzas de clase, estos estados de ánimo constituyen el trasfondo político y básico de la vida del partido. En estos estados de ánimo es en los que el burocratismo —como elemento de "la ley y el orden" y de "la tranquilidad"— descansa. El intento de la oposición de proponer nuevos problemas ante el partido, hubo de enfrentarse precisamente a estos estados de ánimo.

22.—Hoy en día, la generación más vieja de la clase obrera, la que hizo dos revoluciones o que principiando en 1917 hizo la última, está nerviosa, exhausta y en gran medida, temerosa de toda la suerte de convulsiones vinculadas con la perspectiva de la guerra: catástrofes, hambres, epidemias y cosas semejantes. Se ha hecho un fetiche de la teoría de la Revolución Permanente, precisamente con el propósito de explotar la psicología de una sección

considerable de los obreros, que no son de ningún modo carreristas, pero que se han vuelto, sedentarios y han puesto familia. La versión de la teoría que está siendo utilizada para justificar esto, no está, por supuesto, relacionada con las viejas disputas hace mucho relegadas a los archivos, sino que simplemente levantan el fantasma de nuevas convulsiones: "invasiones" heroicas, violaciones a "la ley y el orden", amenazas a los logros del período de la reconstrucción, un nuevo período de grandes esfuerzos y de sacrificios. Al hacer de la Revolución Permanente un fetiche, en esencia, se trata de especular con los estados de ánimo de aquellas secciones de la clase obrera, incluidos los miembros del partido, que han quedado satisfechos de sí mismos y se han vuelto gordos y semi-conservadores. . .

24.—La joven generación que apenas está creciendo, carece de experiencia en la lucha de clases así como del temperamento revolucionario necesario. No explora por iniciativa propia, como lo hizo la generación anterior, sino que cae de inmediato en el ambiente de las instituciones tanto del partido como del gobierno más poderoso, en el de la autoridad, de la disciplina, de la tradición y cosas análogas del partido. Por el momento, esto hace muy difícil que la joven generación actúe con un papel independiente. El problema de la orientación correcta de la generación joven del partido y de la clase obrera, adquiere una colosal importancia.

25.—Paralelamente con los procesos arriba mencionados, se ha presentado un crecimiento extremo del papel desempeñado en el aparato del partido y en el del estado, por una especial categoría de antiguos bolcheviques, quienes fueron miembros o militaron activamente en el partido durante el período de 1905; que posteriormente, en el período de reacción abandonaron al partido, se adaptaron al régimen burgués y llegaron a ocupar, dentro de él, una posición más o menos prominente. Ellos fueron defensas, como toda la intelligentsia burguesa y junto con la burguesía, fueron lanzados para adelante en la Revolución de Febrero (en la cual, en los principios de la guerra, ni siquiera soñaron); fueron opositores decididos al programa leninista y a la Revolución de Octubre, pero después de que la victoria estuvo asegurada o después de la estabilización del nuevo régimen y más o menos en el momento en el que la intelligentsia burguesa detuvo su sabotaje, volvieron al partido. Estos elementos. . . son, naturalmente de tipo conservador; de ordinario están en favor de una estabilización y en contra de toda oposición. La mayor parte de la educación de la juventud del partido, se encuentra en sus manos.

Tal es la combinación de circunstancias que en los períodos re-

cientes del desarrollo del partido, han determinado el cambio de sus dirigentes y el viraje de su política hacia la derecha.

26.—La adopción oficial de la teoría del "socialismo en un solo país", significa la sanción teórica de estos cambios que ya han tenido lugar y el primer rompimiento franco con la tradición marxista.

27.—Los elementos de la restauración burguesa residen en:

a). La situación del campesinado, el cual no desea el regreso de los terratenientes pero que todavía no está materialmente interesado en el socialismo (de aquí la importancia de nuestros vínculos políticos con los campesinos pobres).

b). Los estados de ánimo de considerables capas de la clase obrera en la actual situación de descenso de la energía revolucionaria, de fatiga de la vieja generación, del incremento del peso específico de los elementos conservadores.

CRITICA A LA TEORIA DEL "SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS"

La Internacional Comunista, fundada en 1919, sólo adoptó su primer programa hasta 1928, después de discutir sobre dos proyectos previos presentados en 1922 y en 1925.

El proyecto final, en gran parte obra de Bujarin que en aquel entonces continuaba aliado con Stalin, proclamó y sancionó el dogma del "socialismo en un solo país". En el verano de 1928, durante su exilio en Alma Ata, cerca de la frontera china, Trotsky escribió una crítica de conjunto al proyecto de programa y lo envió al Sexto Congreso de la Internacional Comunista que en ese momento se reunía en Moscú; la crítica fue ocultada por Stalin, pero posteriormente Trotsky la publicó en el extranjero con el título de LA TERCERA INTERNACIONAL DESPUES DE LENIN. He aquí lo que dice acerca de la idea del socialismo en un solo país.

En nuestra época, que es la del imperialismo, es decir, la de la economía y la política mundiales dirigidas por el capital finan-

De The Third International After Lenin [La Tercera Internacional después de Lenin] por León Trotsky, pp. 3-4, 5, 16-17, 22, 35-36, 66-67. Versiones al español: a) El gran organizador de derrotas, Ediciones Hoy, Madrid, 1930. b) El gran organizador de derrotas, Editorial Olimpo, Buenos Aires, 1965. pp. 76-77, 86-87, 91, 102-103, 127-128.

ciero, no hay un sólo partido comunista que pueda establecer su programa tomando como punto de partida única o principalmente las condiciones o las tendencias de desarrollo de su país. Esto se aplica igualmente y por entero al partido que dispone del poder estatal en la URSS.

La hora de la desaparición de los programas nacionales sonó definitivamente el 4 de agosto de 1914, [fecha en que Inglaterra declaró la guerra a Alemania]. El partido revolucionario del proletariado no puede basarse más que en un programa internacional que corresponda al carácter de la época actual, la del máximo desarrollo y hundimiento del capitalismo. Un programa comunista internacional no es, ni mucho menos, una suma de programas nacionales o una amalgama de sus características comunes. Debe tomar directamente como punto de partida el análisis de las condiciones y de las tendencias de la economía y del estado político del mundo, como un todo, con todas sus relaciones y sus contradicciones, es decir, con la interdependencia mutuamente antagónica de sus componentes aislados. En la época actual, en mucho mayor grado que en el pasado, la orientación nacional del proletariado sólo debe y puede deducirse de la dirección que sigue éste en el dominio internacional, y no viceversa. En esto consiste la diferencia fundamental y primaria que separa, desde el punto de partida, al internacionalismo comunista, de las diversas variedades del socialismo nacional.

Partiendo de estas consideraciones, escribíamos en enero de este año: "Es preciso pasar a la elaboración del programa de la Internacional Comunista (el de Bujarin no es más que un mal programa de una sección nacional de la Internacional Comunista, y no el del partido comunista mundial)". (Véase: *Pravda*, 15 de enero de 1928).

No hemos cesado de insistir en estas mismas consideraciones desde 1923 y 1924, años en que la cuestión de los Estados Unidos se planteó en toda su amplitud, como problema de política mundial y en el sentido más directo de la palabra, de política *européa*.

Al recomendar el nuevo proyecto, *Pravda* decía que un programa comunista "difiere radicalmente del programa de la socialdemocracia internacional no sólo en el fondo, en las tesis fundamentales, sino también por el internacionalismo característico de su estructura". (*Pravda* del 29 de mayo de 1928).

Esta fórmula, un poco vaga, expresa evidentemente la idea que hemos expuesto un poco más arriba y que antes se rechazaba con obstinación. Tenemos que aprobar el hecho de que se haya prescindido del primer proyecto presentado por Bujarin y que desde luego, no dio lugar a un cambio serio de impresiones; no ofrecía

siquiera materia suficiente para que se pudiera precisar lo que se pensaba de él. En tanto que el primer proyecto presentaba un cuadro árido, esquemático, de un país abstracto en evolución hacia el socialismo, el nuevo proyecto, por el contrario, intenta (desgraciadamente sin éxito y sin espíritu de continuidad, como veremos después) tomar como base la economía mundial en su conjunto para determinar la suerte de sus diferentes partes.

Uniendo en un sistema de dependencias y de contradicciones mutuas a países y continentes que han alcanzado grados diferentes de desarrollo, aproximando los diversos niveles de su desenvolvimiento y al mismo tiempo alejándolos inmediatamente después, oponiendo implacablemente a todas las naciones entre sí, la economía mundial se ha convertido en una realidad poderosa que domina la vida económica de los diversos países y continentes individuales. Este sólo hecho fundamental da un carácter profundamente realista a la idea del partido comunista mundial. Llevando la economía mundial en bloque a la fase de desarrollo que por lo general se puede alcanzar sobre la base de la propiedad privada, el imperialismo, como dice justamente el proyecto en su introducción, "agudiza extremadamente la contradicción que existe entre el crecimiento de las fuerzas de producción de la economía mundial y las fronteras que separan naciones y estados".

No es posible dar un solo paso hacia la solución de los principales problemas de la política mundial y de la lucha revolucionaria si no se asimila bien el significado de esta tesis, que apareció por primera vez con toda claridad en el curso de la última guerra imperialista.

... La revolución internacional debe concebirse como un proceso interrelacionado, que no puede preverse en su totalidad concreta y en el orden de sucesión de todas las fases en que acaece, pero que es perfectamente claro en sus lineamientos históricos generales. Si no se comprenden éstos, es absolutamente imposible orientarse juiciosamente en política.

Pero las cosas cambian radicalmente si se toma como punto de partida la idea de un desarrollo socialista que está realizándose e incluso se está completando en un solo país. Existe hoy en día una "teoría" según la cual, es posible construir integralmente el socialismo en un sólo país y las relaciones entre éste y el mundo capitalista pueden basarse en la "neutralización" de la burguesía mundial (Stalin). Si se adopta ese punto de vista que es, en el fondo, nacionalista y reformista y no revolucionario e internacionalista, desaparece, o al menos se atenúa, la necesidad de la fórmula de los Estados Unidos [socialistas] de Europa; desde nuestro punto de vista sin embargo, esta fórmula nos parece justamente impor-

tante y vitalmente necesaria, ya que contiene la condenación de la idea del desarrollo socialista reducido a un solo país. Para el proletariado de cada país europeo, en un grado mucho más pronunciado aún que para la URSS... la extensión de la revolución a los países vecinos, el apoyo que se le dará en éstos por la fuerza de las armas, es la necesidad más urgente y no sólo por consideraciones de solidaridad internacional abstracta, que por sí sola no puede hacer entrar en movimiento a las clases, sino por consideraciones vitales, centenares de veces formuladas por Lenin: no podremos mantenernos si la revolución internacional no nos ayuda *en tiempo oportuno*. La fórmula de los Estados Unidos Soviéticos [de Europa] corresponde a esta dinámica de la revolución proletaria, que no surge simultáneamente en todos los países, sino que se extiende de uno a otro y exige que exista el contacto más íntimo entre ellos, en primer lugar en el territorio europeo, tanto para defenderse contra los poderosos enemigos exteriores como por las necesidades de la organización de la economía...

... No hay dificultad en entender que... ya Marx y Engels, aún antes de la época imperialista, habían llegado a la conclusión de que, por una parte, la "irregularidad", es decir, las sacudidas del desarrollo histórico, extenderán la revolución proletaria a toda una época, durante la cual las naciones entrarán unas tras otras en el torrente revolucionario, mientras que por otra parte, la interdependencia orgánica de los diversos países, deviniendo hacia una división internacional de trabajo, excluye la posibilidad de establecer el régimen socialista en un solo país... La doctrina marxista que señala que la revolución socialista puede comenzar solo sobre límites nacionales, mientras que la realización del socialismo en un país es imposible, *es dos y tres veces verdadera*... En este aspecto, Lenin no ha hecho más que desarrollar y concretizar tanto la manera como Marx planteó la cuestión, como la solución que le dió...

... Stalin a este respecto, dijo en noviembre de 1926: "El Partido admitió siempre como punto de partida la idea de que la victoria del socialismo en un solo país significa la posibilidad de construir el socialismo en dicho país y que esta obra puede realizarse con las propias fuerzas de ese solo país". (*Pravda*, 12 de noviembre de 1926).

Sabemos ya que el partido *jamás admitió eso como punto de partida*. Por el contrario, en "toda una serie de obras, en todos nuestros discursos, en toda la prensa", como dice Lenin, el partido se basó en la posición contraria, que justamente encontró su expresión fundamental en el programa del partido comunista de la URSS. Pero por lo menos se podría imaginar que Stalin mismo

"siempre" partió de la falsa idea de que "el socialismo puede construirse con las fuerzas de un solo país". Veámos si es cierto.

No hay ningún medio de conocer cuales eran los puntos de vista de Stalin sobre este problema en 1905 o en 1915, pues sobre ello carecemos completamente de datos consignados en documentos. Pero en 1924, Stalin expuso de la manera siguiente las concepciones de Lenin sobre la construcción del socialismo:

"Derribar en un país el poder de la burguesía e instaurar el del proletariado no significa asegurar el triunfo completo del socialismo. Queda aún por realizar la misión principal de éste: *la organización socialista de la producción*. ¿Se puede resolver este problema, se puede obtener la victoria definitiva del socialismo en un solo país sin que se conjuguen los esfuerzos de los proletarios de varios países avanzados? No; *es imposible*. Para derribar a la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país, como lo prueba la historia de nuestra revolución. Para que el socialismo triunfe definitivamente, *para organizar la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país tan campesino como Rusia, ya no bastan*; son precisos para ello los de los proletarios de varios países avanzados...

"Estos son en general, *los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria*". (J. Stalin, *Sobre Lenin y el leninismo*, Ediciones del Estado, sección de Moscú, 1924, páginas 40-41).

Hay que reconocerlo: "los rasgos característicos de la teoría leninista" están expuestos aquí con bastante exactitud. Sin embargo, en las ediciones posteriores del libro de Stalin esa frase ha sido corregida en un sentido directamente opuesto y "los rasgos característicos de la teoría leninista" fueron denunciados un año después como... trotskismo...

La teoría del socialismo en un solo país conduce inevitablemente a menospreciar las dificultades que hay que vencer y a exagerar las realizaciones conseguidas. No se podría encontrar afirmación más antisocialista y antirrevolucionaria que la declaración de Stalin de que "las nueve décimas partes del socialismo están ya realizadas en nuestro país". Esto es el producto de la imaginación de un burócrata vanidoso. De este modo se puede comprometer irremediabilmente la idea de la sociedad socialista ante las masas trabajadoras. Los éxitos obtenidos por el proletariado soviético son grandiosos, si se tienen en cuenta las condiciones en que han sido obtenidos, así como el bajo nivel de cultura heredado del pasado; pero esas realizaciones pesan poco en la balanza del ideal socialista. Para fortalecer los ánimos al obrero, al jornalero agrícola, al campesino pobre, que en el undécimo año de la revolución ven

en torno suyo la miseria, la pobreza, el paro, las colas ante las panaderías, el analfabetismo, los niños vagabundos, la embriaguez, la prostitución, es preciso decir la verdad rigurosa y no mentir elegantemente. En lugar de mentir, aseurándoles que las nueve décimas partes del socialismo están ya realizadas, es preciso decirles que actualmente nuestro nivel económico y nuestras condiciones sociales y culturales están mucho más cerca del capitalismo y aún del capitalismo atrasado e inculto, que de la sociedad socialista. Es preciso decirles que sólo comenzaremos la verdadera construcción del socialismo después de que el proletariado de los países más avanzados haya conquistado el poder; que es preciso trabajar sin descanso por instaurar el socialismo, sirviéndonos de las dos palancas: una corta, para nuestros esfuerzos económicos en el interior; la otra larga, para la lucha internacional del proletariado.

En otras palabras, en lugar de las frases de Stalin sobre las ya realizadas nueve décimas partes del socialismo, es preciso citarles estas palabras de Lenin.

"Rusia (el país de la pobreza) sólo se convertirá en el país de la abundancia, si rechazamos todo desaliento y toda fraseología, si, apretando los dientes, concentramos todas nuestras fuerzas y ponemos en tensión nuestros nervios y nuestros músculos, si comprendemos que sólo es posible el éxito por medio de la revolución socialista internacional, en cuya época hemos entrado". (Lenin. *Obras Completas*, vol. XV, pág. 165).

Nos hemos visto obligados a oír a militantes calificados de la Internacional Comunista expresar el argumento siguiente: evidentemente la teoría del socialismo en un solo país no tiene consistencia, pero en condiciones difíciles ofrece una perspectiva a los obreros rusos y por eso mismo les da valor. Es difícil medir la profundidad del descenso intelectual de los que no buscan en un programa un medio de orientarse, un medio de clase, con una base científica, sino un consuelo moral. Las teorías consoladoras que contradicen a los hechos, pertenecen a la religión y no a la ciencia; y la religión es el opio del pueblo. . .

EL TERMIDOR SOVIETICO

Trotsky hizo su análisis más sistemático del régimen stalinista en La Revolución Traicionada. Justamente antes del primer "proceso de Moscú" en 1936, concluyó esta obra y precisamente antes de que el gobierno noruego decidiera encarcelarlo en unión de su

esposa. En esta obra Trotsky trató de responder a cuatro preguntas fundamentales sobre la URSS: 1. ¿Qué había logrado la Revolución Rusa? 2. ¿Qué fue lo que permitió la victoria del stalinismo? 3. ¿Cuál era la naturaleza de la Unión Soviética? 4. ¿Cuáles eran sus perspectivas?

Debido a sus medios de producción nacionalizados y de su economía planificada, la Unión Soviética había logrado grandes adelantos en la industria, la urbanización, la educación, los servicios sociales, etc.; ellos constituían pruebas de la superioridad de las formas y de los métodos socialistas. Sin embargo, la economía aislada y todavía atrasada, sufría de baja productividad del trabajo y de severas carencias de bienes de consumo. El escaso ingreso nacional y los conflictos sobre su distribución dieron lugar a una nueva división de la sociedad, con el estrato dirigente encabezado por Stalin; quien promovía sus privilegios y omnipotencia. Debido a sus relaciones socialistas de producción, por un lado y a las grandes desigualdades, la pobreza y el régimen político despótico, por el otro, la Unión Soviética podría caracterizarse más propiamente como un "estado obrero degenerado", colocado en la transición del capitalismo al socialismo. Un estado así debería dirigirse hacia una de dos líneas de desarrollo. O los obreros y los campesinos en un momento dado derrumbaban a la burocracia totalitaria y lograban su libertad, o la burocracia, avarienta y sin control, prepararía el camino para una vuelta hacia el capitalismo. Trotsky, después de declararse partidario de la primera línea, concluía que en "último análisis, la cuestión será decidida por la lucha de las fuerzas sociales vivas, tanto en la arena nacional como en la mundial". He aquí los pasajes más impresionantes del análisis de Trotsky.

El historiador de la URSS no podrá dejar de llegar a la conclusión de que la política de la burocracia gobernante en lo que respecta a los grandes problemas ha sido una serie de zig-zags contradictorios. El intento de explicarlos o de justificarlos por el "cambio de las circunstancias", es evidentemente inconsistente. Gobernar es, por lo menos en cierta medida, prever. La fracción de Stalin no ha previsto en el menor grado los inevitables resultados del desarrollo; siempre les han sorprendido durmiendo la

De *The Revolution Betrayed* [La Revolución Traicionada] de Trotsky. Versiones al español: a) *La Revolución Traicionada*, Ed. Claridad, Buenos Aires, noviembre de 1937. b) *Idem.*, Ed. Ercilla, Santiago, Chile, 1937. c) *Idem.* Ed. Índice Rojo, México, mayo de 1963. d) *Idem.* Ed. Proceso, Buenos Aires, junio de 1964, pp. 91-97, 106-107, 111-113, 221-222.

siesta. Han reaccionado por meros reflejos administrativos. Para cada giro sucesivo, han elaborado la teoría después del hecho, sin cuidarse de lo que la víspera enseñaban. Fundándose en hechos y documentos incontestables, el historiador se verá obligado a llegar a la conclusión de que la llamada "oposición de izquierda" hizo un análisis inconmensurablemente más justo de los procesos que estaban llevándose a cabo en el país y previó mucho mejor su curso ulterior.

Esta afirmación parece a primera vista en contradicción con el hecho simple de que la fracción del partido incapaz de prever, obtuvo incesantes victorias, mientras que el grupo más perspicaz fue de derrota en derrota. Empero, esta objeción que viene por sí sola a la mente, no es convincente sino para aquellos que piensan racionalísticamente en política, y no ven en ella sino un puro debate lógico o una partida de ajedrez. En el fondo la lucha política es una lucha de intereses y de fuerzas y no de argumentos. Desde luego, las cualidades de los dirigentes no son indiferentes al resultado del conflicto, pero no son el único factor y en última instancia, no constituyen el factor decisivo. Por otra parte, cada uno de los campos combatientes exige jefes hechos a su propia imagen.

La revolución de Febrero llevó al poder a Kerensky y a [Irakly G.] Tsereteli, no porque hayan sido más "inteligentes" o "más hábiles" que la camarilla zarista gobernante, sino porque representaban, temporalmente por lo menos, a las masas populares revolucionarias alzadas contra el antiguo régimen. Kerensky pudo forzar a Lenin a la ilegalidad y apresar a otros líderes bolcheviques, no porque sus cualidades personales le hubiesen dado una superioridad sobre ellos, sino porque la mayoría de los obreros y soldados todavía en esos días seguía, a la pequeña burguesía patriota. La "superioridad" personal de Kerensky, si se permite tal palabra para este contexto, estaba precisamente en no ver más allá que la gran mayoría. Los bolcheviques en su turno vencieron a los demócratas pequeño-burgueses, no por la superioridad personal de sus dirigentes sino gracias a una mera correlación de las fuerzas sociales cuando el proletariado consiguió por fin dirigir el descontento campesino contra la burguesía.

Las etapas sucesivas de la gran Revolución Francesa, tanto en su ascensión como en su descenso, demuestran de manera no menos convincente que la fuerza de los "jefes" y de los "héroe" que se sucedieron, consistía ante todo en que estos concordaban con el carácter de las clases y de las capas sociales que los apoyaban. Sólo esta correspondencia y no superioridad alguna, permitió a cada uno de ellos marcar con su personalidad un cierto período histó-

rico. En la sucesión en el poder de los Mirabeau, Brissot, Robespierre, Barrás y Bonaparte, hay un acatamiento a la ley objetiva, incomparablemente más eficaz que los rasgos particulares de los protagonistas históricos mismos.

Es suficientemente sabido que hasta ahora, después de toda revolución ha sobrevenido una reacción y aun una contrarrevolución, la cual, si bien es cierto, que jamás consiguió retrotraer a la nación hasta su punto de partida, siempre le arrebató la parte del león de sus conquistas. Por regla general, los primeros promotores, los iniciadores, los instigadores que estaban a la cabeza de las masas en el período de la ofensiva revolucionaria son las víctimas de la primera ola de reacción, mientras los hombres de la segunda línea en unión con los antiguos enemigos de la revolución han logrado colocarse en el frente. Por debajo de este dramático duelo de *comparsas*, en la escena política abierta se suceden alteraciones en las relaciones entre las clases y, lo que no es de menor importancia, cambios profundos en la psicología de las aún recientemente revolucionarias masas...

Respondiendo a numerosos camaradas que preguntaban con extrañeza qué había pasado con la actividad del partido bolchevique y de la clase obrera, con su iniciativa revolucionaria, con su espíritu de sacrificio y su orgullo plebeyo, porque en vez de estas cualidades, surgía tanta villanía, pusilanimidad, cobardía y arribismo, Rakovsky evocaba las peripecias de la Revolución Francesa del siglo XVIII y el ejemplo de [François Noël] Babeuf quien, al salir de la prisión de la Abadía también se preguntaba con estupor qué había sucedido con el pueblo heroico de los suburbios de París. La revolución es una enorme devoradora de energías individuales y colectivas; los nervios no soportan más, las conciencias vacilan y los caracteres se desgastan. Los acontecimientos se precipitan con demasiada rapidez para que el flujo de fuerzas nuevas alcance a compensar las pérdidas. El hambre, la desocupación, la muerte de los cuadros de la revolución, la eliminación de las masas de los puestos administrativos, habían causado tal anemia física y moral en los suburbios parisinos que les fue necesario treinta años para volver a estar preparados para una nueva insurrección.

Las afirmaciones axiomáticas de las publicaciones soviéticas según las cuales las leyes de las revoluciones burguesas son "inaplicables" a la revolución proletaria, están desprovistas de todo contenido científico. El carácter proletario de la Revolución de Octubre estuvo determinado por la situación mundial y por una especial correlación de fuerzas internas. Pero por lo que respecta a las clases mismas, en Rusia, se habían formado en las condi-

ciones de la barbarie zarista y de un capitalismo atrasado y no habían sido preparadas ex profeso para la revolución socialista. Por el contrario: justamente porque el proletariado ruso, todavía atrasado en muchos aspectos, dió en algunos meses el salto, sin precedentes en la historia, de una monarquía semifeudal a la dictadura socialista, la reacción entre sus propias filas resultó inevitable. Y esta reacción se ha desarrollado en una serie consecutiva de oleadas; las condiciones y los acontecimientos exteriores la alimentaron sin tregua. A una intervención seguía la otra. La revolución no recibió ninguna ayuda directa del occidente; en lugar del esperado bienestar, el país contempló a la miseria instalada para un largo período. Más aún, los representantes más notables de la clase obrera habían perecido en la guerra civil o habían ascendido algunos peldaños más y se apartaban de las masas. De este modo, después de una prodigiosa tensión de las fuerzas, las esperanzas y las ilusiones, sobrevino un largo período de fatiga, de depresión y de simple desilusión respecto a los resultados de la revolución. El reflujó del "orgullo plebeyo" dió lugar a un flujo de arribismo y de pusilanimidad. Estas mareas llevaron al poder a una nueva casta de dirigentes.

La desmovilización de un ejército rojo de cinco millones de hombres desempeñó un papel considerable en la formación de la burocracia. Los victoriosos comandantes tomaron los puestos importantes en los soviets locales, en la producción, en la enseñanza, llevando obstinadamente por todas partes, el régimen que les había asegurado éxito en la guerra civil. De este modo, las masas fueron paulatinamente eliminadas de la participación efectiva en el poder.

La reacción en el seno del proletariado hizo nacer tanto grandes esperanzas como una gran seguridad en aquella pequeña burguesía de las ciudades y del campo, llamada a una nueva vida por la NEP, (Nueva Política Económica) se situaba cada vez más audaz. La joven burocracia, formada al principio para servir al proletariado, comenzó a sentirse el árbitro entre las clases y se hizo más y más autónoma.

En la misma dirección obraba potentemente la situación internacional. La burocracia soviética se sentía más segura de sí misma, a medida que la clase obrera internacional sufría derrotas más graves. Entre estos dos hechos, hay no solamente una relación cronológica, sino una causal que funciona en ambas direcciones: la dirección burocrática del movimiento provocaba las derrotas del proletariado; las derrotas estimulaban el surgimiento de la burocracia. La derrota de la insurrección búlgara y la retirada sin gloria de los obreros alemanes en 1923; el fracaso de

una tentativa de levantamiento en Estonia en 1924; la liquidación páfida de la huelga general en Inglaterra y la conducta indigna del partido polaco de los trabajadores a raíz del golpe de (Josef) Pilsudski (que ocupó el puesto de primer ministro) en 1926, la espantosa derrota de la revolución china en 1927 y, finalmente las derrotas todavía más graves que siguieron en Alemania y en Austria, tales son las catástrofes históricas que han minado la confianza de las masas soviéticas en la revolución mundial y que han permitido a la burocracia elevarse más y más, en calidad de único faro que indica el camino para la salvación.

Sobre las causas de las derrotas del proletariado mundial en el curso de los trece últimos años, el autor se ve obligado a remitirse a sus obras precedentes en las cuales ha tratado de hacer resaltar el funesto papel que los dirigentes del Kremlin, aislados de las masas y profundamente conservadores, han tenido para el movimiento revolucionario de todos los países. Lo que sobre todo nos interesa aquí, es el hecho, ejemplar e incontestable, de que las derrotas continuas de la revolución en Europa y Asia, al mismo tiempo que debilitan la situación internacional de la URSS, han consolidado extraordinariamente a la burocracia soviética. Dos fechas son especialmente significativas en esta serie histórica. En la segunda mitad de 1923 la atención de los obreros soviéticos se concentró con pasión sobre Alemania, donde el proletariado parecía tender la mano hacia el poder; la retirada de pánico del partido comunista alemán significó para las masas obreras de la URSS la más grande decepción posible. La burocracia soviética desencadenó de inmediato su campaña contra la "revolución permanente" e infligió a la oposición de izquierda su primera cruel derrota. En 1926-27 la población de la URSS vio una oleada nueva de esperanza; todas las miradas se fijaron otra vez en Oriente, donde se desarrollaba el drama de la revolución china. La oposición de izquierda, repuesta de sus reveses, reclutó nuevos militantes; a fines de 1927, la revolución china fue masacrada por el verdugo Chiang-Kai-Shek, a quien los dirigentes de la Internacional Comunista literalmente habían entregado los obreros y campesinos chinos. Una onda glacial de desencanto pasó sobre las masas de la URSS. Después de una campaña frenética en la prensa y en las reuniones, la burocracia decidió por fin, en 1928, proceder al arresto en masa de los opositores.

Ciertamente decenas de miles de militantes revolucionarios se habían agrupado bajo la bandera de los bolcheviques-leninistas. Indudablemente los obreros avanzados veían a la oposición con simpatía aun cuando esta fuera pasiva, pues las masas ya no confiaban con poder modificar la situación con una nueva lucha.

Mientras tanto, la burocracia aseguraba que "la oposición se prepara a lanzarnos a una guerra revolucionaria por causa de la revolución internacional. ¡Basta ya de trastornos! ¡Hemos ganado el derecho al reposo! Construiremos la sociedad socialista entre nosotros. ¡Creed en nosotros, vuestros jefes!" Este evangelio del reposo que cimentó firmemente al *apparatchiki* (funcionarios del partido) y a los militares y oficiales estatales, sin dudas, encontró eco entre los obreros fatigados y más aún entre las masas campesinas. Se preguntaban si la oposición estaba realmente dispuesta a sacrificar los intereses de la URSS por la idea de la "revolución permanente". En realidad, la lucha era por los intereses vitales del estado soviético. La falsa política seguida por la Internacional Comunista en Alemania había dado por resultado diez años después la victoria de Hitler, es decir, un amenazante peligro de guerra de parte del oeste. Una política no menos falsa en China, favorecía al imperialismo japonés y aproximaba mucho más el peligro por el este; pero los períodos de reacción se caracterizan sobre todo por la falta de valentía intelectual.

La oposición se encontró aislada. Explorando el desconcierto y la pasividad de los trabajadores, oponiendo los más atrasados a los más avanzados, apoyándose cada vez más atrevidamente en el kulak y, en general, en el aliado pequeño-burgués, la burocracia arremetió mientras continuaba aún caliente el acero y en algunos años hizo pedazos a la vanguardia revolucionaria del proletariado.

Sería ingenuo creer que Stalin, con anterioridad desconocido de las masas, salió de repente de entre bastidores, armado de un plan estratégico completo. No; antes que él entreviese su camino, la misma burocracia lo había detectado a él. Stalin ofrecía todas las garantías deseables; el prestigio de viejo bolchevique, un firme carácter, un espíritu estrecho, lazos íntimos con la maquinaria política, única fuente de su influencia personal. Al principio, Stalin se sorprendió de su propio éxito. Era la aprobación de la nueva capa dirigente que trataba de liberarse tanto de los viejos principios como del control de las masas y que necesitaba de un árbitro seguro en sus maquinaciones interiores. Figura de segundo plano ante las masas y ante la revolución, Stalin reveló ser el jefe incontestable de la burocracia termidoriana, el primero entre los termidorianos.

Pronto resultó que la nueva capa dirigente tenía sus ideas propias, sus sentimientos, y, lo que importa más, sus intereses. La abrumadora mayoría de la antigua generación de la actual burocracia estuvieron del otro lado de la barricada durante la Revolución de Octubre. (Tal es el caso, considerando sólo a los embaja-

dores soviéticos, de Troyanovski, Maiski, Potemkin, Suritz, Khinchuk y otros) o, en el mejor de los casos, estuvieron apartados de la lucha. Aquellos de entre los burócratas de hoy que estuvieron con los bolcheviques en los días de Octubre, en su mayoría no tuvieron papel importante. En cuanto a los burócratas jóvenes han sido formados y seleccionados por los viejos y a menudo de entre su propia progenitura. Estos hombres no habrían hecho la Revolución de Octubre; para explotarla resultaron los mejor adaptados.

Naturalmente, los factores individuales no han dejado de tener influencia en esta sucesión de capítulos históricos. Es seguro que la enfermedad y la muerte (en enero de 1924) de Lenin precipitaron el resultado. Si Lenin hubiese vivido más tiempo, el avance del poder burocrático habría sido más lento, por lo menos en los primeros años. Pero, desde 1926, Krupskaya decía en un círculo de opositores de izquierda: "si Ilych (Lenin) estuviera vivo, seguramente estaría preso". En su memoria estaban todavía frescas las previsiones y las aprehensiones de Lenin, y ella no se hacía ilusiones sobre su omnipotencia ante los vientos y las corrientes contrarias de la historia.

La burocracia no ha vencido sólo a la oposición de izquierda, ha vencido también al partido bolchevique. Ha vencido al programa de Lenin que veía el peligro principal en la transformación de los órganos del Estado "de servidores de la sociedad en amos de la sociedad". Ha vencido a todos estos adversarios (a la oposición, al partido y a Lenin) no con ayuda de argumentos e ideas, sino aplastándoles bajo su propio peso social. La retaguardia ha resultado más pesada que la cabeza de la revolución. Tal es la explicación del Termidor soviético...

Hemos definido el Termidor soviético como la victoria de la burocracia sobre las masas. Hemos tratado de señalar las condiciones históricas de esta victoria. La vanguardia revolucionaria del proletariado fue absorbida en parte por el aparato administrativo y fue poco a poco desmoralizada, en parte aniquilada en la guerra civil, en parte eliminada y aplastada. Las masas fatigadas y decepcionadas no tenían más que indiferencia por lo que ocurría en los medios dirigentes. Sin embargo, por importantes que sean estas condiciones, no bastan en modo alguno para explicarnos cómo la burocracia llegó a elevarse por sobre la sociedad y a apoderarse firmemente de sus destinos; su propia voluntad no habría sido suficiente. La formación de una nueva capa dirigente debe tener causas sociales más profundas.

El cansancio de las masas y la desmoralización de los cuadros dirigentes, contribuyeron también en el siglo XVIII a la victoria de los Termidorianos sobre los jacobinos. Pero, bajo estos fenó-

menos básicamente incidentales, en realidad se realizaba un proceso orgánico más profundo. Los jacobinos tenían su apoyo en las capas inferiores de la pequeña burguesía agitada por la oleada potente; por otra parte, la revolución del siglo XVIII que respondía al desarrollo de las fuerzas productivas, no podía dejar de llevar a la postre a la gran burguesía al poder. El Termidor no fue sino una de las etapas de esta evolución inevitable. Ahora bien, ¿qué necesidad social análoga se expresa en el Termidor soviético? En un capítulo precedente hemos tratado de dar una explicación previa del triunfo del gendarme. Debemos continuar aquí el análisis de las condiciones del paso del capitalismo al socialismo y del papel que en él desempeña el Estado. Confrontemos una vez más la previsión teórica y la realidad. "Todavía es necesario suprimir a la burguesía y acabar con su resistencia" —escribía Lenin en 1917, tratando del período que debía seguir a la conquista del poder— "pero el órgano de la supresión es ya la mayoría de la población y no la minoría como fue siempre el caso hasta ahora... En este sentido, el Estado comienza a *decrecer*". ¿Cómo se expresa su decrecimiento? En primer lugar, el que en vez de "instituciones especiales que pertenecen a la minoría privilegiada (funcionarios privilegiados, comando del ejército permanente), la mayoría puede llenar por sí misma" las funciones de coerción. A continuación Lenin formula una tesis indiscutible y axiomática: "mientras las funciones del poder se hacen más las funciones del pueblo entero, menos es necesario este poder". La abolición de la propiedad privada de los medios de producción elimina la tarea principal del estado creada por la historia: la defensa de los privilegios de propiedad de la minoría contra la enorme mayoría.

Por tanto, según Lenin, el decrecimiento del Estado comienza, al día siguiente de la expropiación de los explotadores, es decir, antes de que el nuevo régimen haya podido abordar sus tareas económicas y culturales. Cada éxito en la realización de estas tareas significa una nueva etapa en la liquidación del estado, en su disolución, en la sociedad socialista.

El grado de esta disolución es el mejor índice de la profundidad y de la eficacia de la edificación socialista. De modo aproximado podemos formular este teorema sociológico: la fuerza de coerción ejercida por las masas en un estado obrero es directamente proporcional a las fuerzas que tienden a la explotación o a la restauración capitalista e inversamente proporcional a la fuerza de la solidaridad social y de la lealtad común al nuevo régimen. De este modo, la burocracia, (en otros términos, "los funcionarios privilegiados y el comando del ejército permanente")

representa una variedad particular de coerción que las masas no pueden o no quieren aplicar y que, de uno u otro modo, se ejerce contra ellas...

La autoridad burocrática se basa en la pobreza de la sociedad en artículos de consumo y en la lucha entre todo el mundo que resulta de esa pobreza. Cuando el almacén tiene bastantes mercancías, los compradores pueden venir en cualquier momento que lo deseen. Cuando hay pocas mercaderías, los compradores tienen que hacer cola. Cuando la cola se hace muy larga se impone la presencia de un agente de policía para mantener el orden. Tal es el punto de partida de la burocracia soviética. Ella "sabe" a quién dar y quién debe esperar.

El mejoramiento de la situación material y cultural debería, a primera vista, disminuir la necesidad de buscar privilegios, reducir el dominio del "derecho burgués", y por eso mismo, hacer flaquear el baluarte de la burocracia, guardiana de estos derechos. Sin embargo, ha sucedido lo contrario: el crecimiento de las fuerzas productivas ha ido hasta aquí acompañado de un extremado desarrollo de todas las formas de la desigualdad y de los privilegios y también de la burocracia. Y esto tampoco es accidental.

El régimen soviético incontestablemente tuvo en el primer período, un carácter mucho más igualitario y menos burocrático que hoy. Pero su igualdad fue la de la miseria común. Los recursos del país eran tan restringidos que no era posible que se destacaran de las masas amplios círculos de niveles privilegiados. El salario "igualitario", suprimiendo el estímulo individual, llegó a ser un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas. La economía soviética debía salir de su indigencia para que la acumulación de estos depósitos de grasas que son los privilegios, se hiciese posible. El estado actual de la producción está todavía muy lejos de asegurar a todos lo necesario. Pero ya permite conceder ventajas importantes a la minoría y hacer de la desigualdad un aguijón para la mayoría. Tal es la razón primera por la cual el crecimiento de la producción hasta aquí ha reforzado los rasgos burgueses y no socialistas del estado.

Sin embargo, esta razón no es la única. Al lado del factor económico que en la fase actual ordena recurrir a los métodos capitalistas de remuneración del trabajo, obra el factor político encarnado en la burocracia misma. Por su misma naturaleza, ésta crea y defiende los privilegios. Al principio surgió como el órgano burgués de la clase obrera. Al establecer y mantener los privilegios de la minoría, se queda naturalmente, con la mejor parte. El que distribuye los bienes nunca olvida favorecerse. Así nace.

como necesidad de la sociedad, un órgano que, sobrepasando con mucho su función social, llega a ser un factor autónomo y por eso mismo la fuente de grandes peligros para el conjunto del organismo social.

La importancia social del Termidor soviético comienza ahora a cobrar forma ante nosotros. La pobreza y el atraso cultural de las masas se materializan de nuevo bajo las amenazantes formas del jefe armado de un potente garrote. Expulsada y estigmatizada en otro tiempo, la burocracia, de sirviente, se ha hecho el ama de la sociedad. En este grado se ha alejado social y moralmente de las masas a tal punto que ya no puede admitir ningún control sobre sus actos ni sobre sus rentas.

El temor, místico en un principio, de la burocracia, ante "minúsculos especuladores, agentes sin escrúpulos y alarmistas" tiene aquí su explicación natural. Como la economía soviética no está todavía en estado de satisfacer las necesidades elementales de la población, engendra a cada paso tendencias a la especulación y al fraude. Por otra parte, los privilegios de la nueva aristocracia incitan a las masas a dar crédito a los "rumores antisoviéticos", es decir, a toda crítica, aunque sea expresada en voz baja, contra las autoridades arbitrarias e insaciables. No se trata, pues, de fantasmas del pasado, ni de restos de lo que ya no existe, sino de nuevas y poderosas tendencias, siempre sin cesar renacientes, a la acumulación personal. El primer flujo de bienestar, bastante modesto, no ha debilitado sino que ha fortificado estas tendencias centrífugas, precisamente a causa de su misma debilidad. Por otra parte, los no privilegiados han tenido simultáneamente el deseo de golpear a las manos avarientas de los nuevos notables. La lucha social se agrava de nuevo. Tales son las fuentes del poder de la burocracia. También lo son de los peligros que amenazan esta potencia...

Definir como transitorio o intermediario al régimen soviético significa hacer a un lado categorías sociales finiquitadas como *capitalismo* (incluido el "capitalismo de estado") y también la de *socialismo*. Pero amén de que esta definición es en sí misma insuficiente, puede sugerir la idea falsa de que a partir del actual régimen soviético *la única* transición posible, es hacia el socialismo; en realidad es totalmente posible un retroceso hacia el capitalismo. Otra definición que fuera más completa, obligadamente sería más pesada y más compleja.

La URSS es una sociedad contradictoria, intermedia entre el capitalismo y el socialismo, en la cual: a) las fuerzas productivas son aún demasiado insuficientes para dar a la propiedad estatal un carácter socialista; b) la propensión a la acumulación

primitiva, fruto de la necesidad, se manifiesta a través de todos los poros de la economía planificada; c) las normas de repartición de carácter burgués son el punto de partida de una nueva diferenciación social; d) el desarrollo económico, aunque mejora lentamente la condición de los trabajadores, contribuye también a formar rápidamente una capa de privilegiados; e) la burocracia, explotando los antagonismos sociales, ha llegado a ser una casta incontrolable, extraña al socialismo; f) la revolución social, traicionada por el partido gobernante, todavía subsiste en las relaciones de propiedad y en la conciencia de las masas de trabajadores; g) el desarrollo ulterior de las contradicciones que se van acumulando puede desembocar al socialismo o retrotraer a la sociedad hacia el capitalismo; h) la contrarrevolución en marcha hacia el capitalismo tendría que romper la resistencia de los obreros; i) los obreros marchando hacia el socialismo deberán derribar a la burocracia. En definitiva, la cuestión será resuelta por la lucha de dos fuerzas sociales vivas en los dos terrenos, el nacional y el internacional.

Sin duda los doctrinarios no se darán por satisfechos con esta definición hipotética. Ellos querrían fórmulas categóricas; sí y sí; no y no. Desde luego, los problemas sociológicos serían mucho más sencillos si los fenómenos sociales tuviesen siempre contornos precisos. Pero no hay nada más peligroso que eliminar, persiguiendo la precisión lógica, los elementos que actualmente contrarían nuestros esquemas y pueden mañana refutarlo por entero. Por sobre todo, en nuestro análisis hemos evitado violentar el dinamismo de una formación social que no tiene precedentes y que no conoce otra análoga. La tarea política así como la científica a que perseguimos no es dar una definición perfecta de un progreso inacabado, sino observar todas las fases del fenómeno, haciendo resaltar sus tendencias progresistas y reaccionarias, revelando su interacción, previendo las diferentes variantes del desarrollo ulterior y hallando en esta previsión un punto de apoyo para la acción.

EUROPA: 1923-1940

ITALIA: COMO TRIUNFO MUSSOLINI

Durante los años del tercer exilio de Trotsky (1929-1940) el fascismo fue invadiendo a Europa. Trotsky procuró explicar a los trabajadores cual era la esencia de dicho fenómeno a efecto de prepararlos en la lucha contra él. La descripción que sigue, sobre los factores responsables de la victoria del fascismo italiano, está tomado de WHAT NEXT, uno de los folletos de Trotsky sobre la amenaza del hitlerismo, escrito en 1932.

La hora del régimen fascista llega en el momento en que los medios militares y policíacos "normales" de la dictadura burguesa, con sus disfraces parlamentarios, son insuficientes para mantener a la sociedad en equilibrio. Mediante la agencia fascista, el capitalismo pone en movimiento a las masas de la pequeña burguesía enfurecida, a las bandas de desclasados, a los lumpenproletarios desmoralizados, a todos estos innumerables seres humanos a quienes el mismo capital financiero ha lanzado a la desesperación y al enfurecimiento. La burguesía exige del fascismo un trabajo completo; ya que ella ha recurrido a los métodos de guerra civil, quiere asegurar una paz [social] para una serie de años. Y la agencia fascista, sirviéndose de la pequeña burguesía como de un ariete y aniquilando todo obstáculo en su camino, prosigue su trabajo hasta el fin. Con la victoria del fascismo acapara directa e inmediatamente, como en un tornillo de acero, todos los órganos e instituciones de dominación, de dirección y de educación: al aparato del Estado y al ejército, a las municipalidades, a las univer-

De *Fascism: What It Is* [Fascismo, ¿qué es?], por León Trotsky, pp. 12-14. Versión al español: *¿Y ahora?*, sin editor ni fecha, Madrid, 1932(?), pp. 15. 40-41.

sidades, a las escuelas, a la prensa, a los sindicatos, a las cooperativas. El que un estado se convierta en fascista significa no sólo que se cambien las formas y los procedimientos de gobierno de acuerdo con las normas establecidas por Mussolini —en este campo los cambios representan en fin de cuentas un papel secundario— sino, ante todo y sobre todo, que se aniquile a las organizaciones obreras, que se reduzca al proletariado a un estado amorfo, y que se cree un sistema de organismos que penetren profundamente en las masas, destinados a impedir la cristalización independiente del proletariado. Precisamente en esto consiste la esencia del régimen fascista.

El fascismo italiano ha nacido de un modo inmediato de la insurrección del proletariado italiano, traicionada por los reformistas. Desde el fin de la primera guerra mundial, el movimiento revolucionario en Italia fue siempre en ascenso, hasta que, en septiembre de 1920, culminó con la ocupación de las fábricas por los obreros. La dictadura del proletariado era un hecho real, y no quedaba más que organizarla y deducir de ella todas las consecuencias necesarias. La socialdemocracia se asustó y retrocedió. Después de denodados esfuerzos heroicos, el proletariado se encontró ante el vacío. El derrumbamiento del movimiento revolucionario fue el factor más importante del crecimiento del fascismo. En septiembre, la ofensiva revolucionaria del proletariado se interrumpió; en noviembre tuvo lugar ya la primera manifestación importante de los fascistas (la toma de Bolonia).

Es cierto, aun después de la catástrofe de septiembre, el proletariado fue capaz de realizar luchas defensivas, pero los socialdemócratas no se preocupaban sino de una cosa: retirar a los obreros del frente a costa de concesiones ininterrumpidas. Los socialdemócratas esperaban que la actitud dócil de los obreros levantaría a "la opinión pública" burguesa contra los fascistas. Además, los reformistas confiaban incluso en la ayuda de Víctor Manuel III; en la lucha contra las bandas de Mussolini, retuvieron a los obreros con todas sus fuerzas hasta el último, pero fue en vano. Siguiendo a las altas capas de la burguesía, la corona tomó partido por el fascismo. Convencidos en el último momento de que dócilmente no se podría detener al fascismo, los socialdemócratas llamaron a los obreros a la huelga general. Pero su llamamiento fracasó. Habían mojado tanto tiempo la pólvora, por temor a que explotase, que cuando al fin con mano temblorosa aproximaron la cerilla, la pólvora no se inflamó.

Dos años después de su nacimiento, el fascismo llegó al poder. Consolidó sus posiciones gracias a que el primer período de su dominación coincidió con la coyuntura económica favorable que su-

cedió a la depresión de los años 1921-1922. Mediante la fuerza ofensiva de la pequeña burguesía los fascistas aplastaron al proletariado en retirada. Pero ello no se logró de un solo golpe. Incluso ya estando en el poder, Mussolini avanzaba en su camino con la debida prudencia: todavía no tenía un modelo preparado. Durante los dos primeros años, la constitución ni siquiera fue modificada. El gobierno fascista tomó un carácter de coalición. Entretanto, las bandas fascistas trabajaban, con los garrotes, los cuchillos y los revólveres. Así, poco a poco fue creado el estado fascista, que consistió en la asfixia completa de todas las organizaciones independientes de masas.

Mussolini lo consiguió a costa de la burocratización del mismo partido fascista. Después de haber utilizado la fuerza ofensiva de la pequeña burguesía, el fascismo la estranguló con las tenazas del estado burgués. No podía obrar de otro modo, ya que la desilusión de las masas que él había concentrado se transformaba en el más grande peligro para él mismo. Una vez que el fascismo se burocratizó se asemejó enormemente a las demás formas de dictadura militar y policiaca. Ya no tenía su anterior apoyo social. La reserva principal del fascismo —la pequeña burguesía— se había agotado. Sólo la inercia histórica permite al gobierno fascista conservar al proletariado en un estado de dispersión y de impotencia.

ALEMANIA: EL ASCENSO DEL HITLERISMO

El pasaje extraordinariamente conciso citado abajo, sobre las premisas históricas del fascismo, está tomado del último artículo que Trotsky escribiera, precisamente antes de que el asesino enviado por Stalin asestara su golpe en agosto de 1940. (El artículo fue transcrito del texto grabado en dictáfono). Este corto párrafo contiene la quintaesencia de la experiencia política de Europa adquirida entre las dos guerras mundiales.

Hasta que el nazismo emprendió su marcha hacia el poder, la Alemania de la República de Weimar había pasado por el "ciclo" (que Trotsky describe) teniendo como escenario la violenta crisis mundial de 1929. El movimiento obrero alemán, el más grande de Europa estaba dividido entre los socialdemócratas y los comunistas. Trotsky apremió en el sentido de que la embestida del nazismo fuera detenida mediante la fuerza unida de toda la clase obrera, de los partidos socialdemócrata y comunista y de los sindicatos, tanto reformistas como comunistas. Esta política de "frente unido" fue rechazada, tanto por los líderes de la socialdemocracia

por una parte, como por los líderes comunistas por la otra. Los últimos sostenían, con Stalin, que los nazis y los socialdemócratas (o "socialfascistas") no debían ser considerados como antagonistas, sino como "gemelos" de los nazis. Es más, Stalin y Ernst Thaelmann, el líder del comunismo alemán ordenaron a los comunistas votar con los nazis cuando éstos últimos trataron de derrocar, en el verano de 1930 y mediante un "referendum", al gobierno socialdemócrata de Prusia. Trotsky incansablemente previno en contra del ciego impulso hacia la catástrofe; preveía que el nazismo en el poder, aplastaría a todo el movimiento obrero alemán, desencadenaría la guerra mundial y atacaría a la Unión Soviética. En respuesta, la prensa comunista lo denunció como "un cómplice de los socialfascistas", un "sembrador de pánico" y "aventurero", un "agente del capitalismo alemán", etc. A principios de 1933 Hitler tomó el poder sin encontrar resistencia seria; la tragedia de Alemania bajo la suástica comenzó a desarrollarse.

Las siguientes selecciones tratan diferentes aspectos de estos procesos. El segundo extracto está tomado de la introducción a ¿Y AHORA QUE? Fue escrito, al igual que la tercera selección, que está tomada de ¿QUE ES EL FASCISMO?, en 1932. El cuarto artículo escrito en junio de 1933, contiene el que es tal vez el análisis más profundo de Trotsky sobre el hitlerismo y la previsión de la segunda guerra mundial.

EL CICLO DE DESARROLLO FASCISTA

... Tanto el análisis teórico como la rica experiencia histórica del último cuarto de siglo han demostrado con igual fuerza que el fascismo es, en cada caso, la etapa final de un ciclo político específico compuesto de las siguientes fases: una crisis muy aguda de la sociedad capitalista; el crecimiento de la radicalización de la clase obrera; el crecimiento de la simpatía hacia la clase obrera y de un anhelo de cambio por parte de la pequeña burguesía rural y urbana; la extrema confusión de la gran burguesía; sus maniobras cobardes y traidoras que tienen como objeto evitar el climax revolucionario; el agotamiento del proletariado y su creciente confusión e indiferencia; el agravamiento de la crisis social; la desesperación, el anhelo de cambio y la neurosis de masas de la pequeña burguesía, su presteza para creer en milagros; su presteza para recurrir a las medidas violentas y el crecimiento de su hostilidad hacia el proletariado, que ha decepcionado sus esperanzas. Estas son las premisas para la rápida formación de un partido fascista y de su victoria.

De *Fourth International* [Cuarta Internacional], por León Trotsky, octubre de 1940, pp. 129-130.

El capitalismo ruso resultó ser el eslabón más débil de la cadena imperialista a consecuencia de su extremo atraso. En la crisis actual, el capitalismo alemán se presenta como el eslabón más débil por la razón diametralmente opuesta: precisamente porque es el sistema capitalista más desarrollado... A medida que el engranaje de las fuerzas de producción de Alemania se torna más poderoso y que aumenta el poder dinámico que éstas adquieren, tanto más el sistema estatal europeo tiende a estrangularlas; un sistema que se asemeja al "sistema" de jaulas de un depauperado zoológico de provincia. En cada giro de los acontecimientos el capitalismo alemán se vió arrojado hacia aquellos mismos problemas que intentó resolver por medio de la guerra. Bajo el régimen de los Hohenzollern, la burguesía alemana se dedicó a "organizar Europa"; por mediación del gobierno de Brüning Curtius* se empeñó... en formar una unión aduanera con Austria. ¡A tal grado se habían reducido sus tareas, sus posibilidades, sus perspectivas! Pero aun la unión aduanera, no iba a realizarse. Como la casa de la bruja en los cuentos de hadas, el sistema europeo por entero descansaba sobre un terreno movedizo; la grande y saludable hegemonía de Francia corría el peligro de derrumbarse si algunos millones de austriacos se hubieran unido a Alemania.

Para Europa en general y ante todo para Alemania no existe marcha hacia adelante por el camino del capitalismo. Toda solución temporal a la crisis presente, lograda mediante la acción recíproca automática de las fuerzas del propio capitalismo —sobre las espaldas de los trabajadores— sólo significará la resurrección de todas las contradicciones para la próxima etapa en forma todavía más aguda y concentrada.

En los términos de la economía mundial, Europa se dirige hacia una pendiente. En su frente se hallan firmemente incrustadas ya las etiquetas norteamericanas: el Plan Dawes, el Plan Young, la Moratoria Hoover. Europa se halla atendida completamente a las raciones norteamericanas.

De *What Next?* [¿Y ahora?], por León Trotsky, pp. 9-14. Versión al español: *¿Y Ahora?, op. cit.*, pp. 5-7.

* Heinrich Brüning, dirigente del partido centrista, asumió el puesto de canciller de Alemania en marzo de 1930; tres meses después, disolvió el Reichstag y gobernó mediante decretos de emergencia. En 1931 se vio obligado a renunciar tras proponer la ruptura de algunos de los latifundios de los junkers del oriente de Alemania. Julios Curtius fue Ministro de Relaciones Exteriores (1929-31) y renunció en 1931 debido a que la oposición francesa provocó el fracaso al tratar de llegar a un acuerdo económico con Austria.

La decadencia del capitalismo trae como consecuencia una degeneración social y cultural. El camino para una ulterior diferenciación metódica de la nación se obstruye e impide el futuro crecimiento del proletariado que sería provocado por la disminución cuantitativa de las clases intermedias. El mantenimiento continuado de la crisis solo puede conducir a la depauperización de la pequeña burguesía y a la transformación de capas cada vez mayores de la clase obrera en lumpenproletariado. Esta amenaza, mayor que cualquier otra, tiene cogida por la garganta a la avanzada Alemania capitalista.

La parte más corrompida de la Europa capitalista es la burocracia socialdemócrata. Entró en el camino de la historia bajo la bandera de Marx y Engels. Se planteó como fin la destrucción de la dominación burguesa. El poderoso surgimiento del capitalismo se apoderó de ella y la arrastró en su camino. Primero en los hechos, más tarde en las palabras, renunció a la revolución en nombre de las reformas. Es cierto que Kautsky prosiguió todavía durante algún tiempo empleando la fraseología revolucionaria, adaptándola a las necesidades del reformismo. Por el contrario, Bernstein* exigía el renunciamiento a la revolución: pues el capitalismo estaba entrando en la época del desarrollo pacífico, sin crisis y sin guerras. ¡Un modelo de profecía! Podía parecer que entre Kautsky y Bernstein existía una contradicción inconciliable. En realidad, se complementaban simétricamente el uno al otro, como la bota derecha y la bota izquierda en los pies del reformismo.

Estalló la guerra [de 1914]. La socialdemocracia apoyó la guerra en nombre de la prosperidad futura. En lugar de la prosperidad vino la decadencia. La cuestión ya no estribaba en determinar si debía deducirse de la insuficiencia del capitalismo la inevitabilidad de la revolución, ni si se debía buscar la reconciliación de los trabajadores con el capitalismo por medio de las reformas. La nueva nolitica de la socialdemocracia consistía ahora en salvar a la sociedad burguesa a costa de renunciar a las reformas.

Pero tampoco esto fue la última etapa de la decadencia. La crisis presente que está agitando violentamente al capitalismo obliga a la socialdemocracia a renunciar a los frutos de la larga lucha económica y política y a llevar a los obreros alemanes al nivel de vida de sus padres, de sus abuelos y de sus tatarabuelos. No existe espectáculo más trágico y al mismo tiempo más repug-

* Eduardo Bernstein, socialista alemán, influido por el fabianismo, a partir de 1898, propugnó una vía evolutiva y no revolucionaria hacia el socialismo.

nante, que la descomposición nauseabunda del reformismo, en medio de los despojos de todas sus conquistas y de todas sus esperanzas. Actualmente el teatro busca el modernismo. Que presenten con más frecuencia *Los tejedores*, de [Gerhart] Hauptman, la más moderna de todas las obras. Pero el director de escena no debe olvidar colocar en primera fila a los dirigentes de la socialdemocracia.

Entre paréntesis, en estos momentos esos dirigentes no están de humor para el teatro: han alcanzado el último límite de su capacidad de adaptación. Existe un nivel bajo el cual la clase obrera de Alemania no puede dejarse reducir voluntariamente, durante ningún lapso de tiempo. Además el régimen burgués, al luchar por su existencia, no quiere reconocer este nivel. Los decretos de urgencia de Brüning son simplemente el comienzo para tantear el terreno. El régimen de Brüning se mantiene gracias al apoyo pérfido y cobarde de la burocracia de la socialdemocracia, que, a su vez, se mantiene por la semiconfianza hosca de una parte del proletariado. El sistema fundado en decretos burocráticos es inestable, incierto, transitorio. El capitalismo tiene necesidad de otro género de política, de una política más decisiva. El apoyo de la socialdemocracia, que debe dirigir su mirada hacia los obreros que la siguen, es no sólo insuficiente para los fines capitalistas, sino que ya le resulta fastidiosa. El período de paliativos ha pasado ya. Para intentar encontrar una nueva salida, la burguesía debe de desembarazarse completamente de la presión de las organizaciones obreras, debe eliminarlas, destruirlas y aplastarlas completamente.

En esta coyuntura comienza la función histórica del fascismo, que pone en pie a esas clases que se erigen inmediatamente por encima del proletariado y siempre están temiendo ser obligadas a caer en sus filas. El fascismo organiza estas fuerzas, las militariza con los medios del capital financiero, encubierto por el Estado oficial y las orienta hacia la destrucción de las organizaciones proletarias, desde las más revolucionarias a las más moderadas.

El fascismo no es simplemente un sistema de represión de actos de fuerza y de terror policíaco. El fascismo es un sistema gubernamental particular fundado en la exterminación de todos los elementos de la democracia proletaria en la sociedad burguesa. El objetivo del fascismo no consiste sólo en romper la vanguardia comunista, sino también en mantener a toda la clase en un estado de fragmentación forzosa. Para lograr este objetivo es insuficiente la exterminación física del sector más revolucionario de la clase obrera. También es necesario destruir todas las organizaciones autónomas y voluntarias; aniquilar todos los puntos de apoyo del proletariado y exterminar todos los logros obtenidos

en tres cuartos de siglo por la socialdemocracia y los sindicatos, pues en última instancia, el partido comunista también se basa en esos logros.

La socialdemocracia ha preparado todas las condiciones necesarias para la victoria del fascismo; pero, a su vez, por este hecho, ha preparado también las condiciones para su propia liquidación política. Es completamente correcto atribuir a la socialdemocracia la responsabilidad por la legislación de urgencia de Brüning y por la amenaza de la barbarie fascista.

Es un verdadero disparate identificar a la socialdemocracia con el fascismo.

Por su política durante la revolución de 1848, la burguesía liberal preparó la victoria de la contrarrevolución, que a su vez, condenó al liberalismo a la impotencia. Marx y Engels fustigaron a la burguesía liberal alemana, no menos mordazmente que [Fernando] Lassalle,* y mucho más profundamente que él. Pero cuando los lassalleanos englobaron a la contrarrevolución feudal y a la burguesía liberal en una "masa reaccionaria", Marx y Engels se opusieron violentamente contra este falso ultraradicalismo. La posición errónea de los lassalleanos hizo de ellos en varias ocasiones, cómplices involuntarios de la monarquía, a pesar de que, en general, su obra tuvo un carácter progresivo, infinitamente más importante y consecuente que los logros del liberalismo.

La teoría del "socialfascismo" reproduce el error esencial de los lassalleanos sobre nuevas bases históricas; después de arrojar a los nacionalsocialistas y a los socialdemócratas en una misma masa fascista, la burocracia staliniana se lanza de cabeza en actividades tales como la de prestar su apoyo al plebiscito hitleriano; cosa que, a su propio modo, por ningún concepto es mejor que las alianzas de Lasalle con Bismarck.

En la etapa actual, en su lucha contra la socialdemocracia, el comunismo alemán debe apoyarse sobre dos hechos inseparables: a) la responsabilidad política de la socialdemocracia por el fortalecimiento del fascismo; b) la imposibilidad absoluta de conciliación entre el fascismo y las organizaciones obreras por las cuales se sostiene la socialdemocracia.

Actualmente las contradicciones en el seno del capitalismo alemán han alcanzado tal tensión, que es inevitable la explosión. La capacidad de adaptación de la socialdemocracia ha llegado ya al límite más allá del cual se produce la autodestrucción. Los errores de la burocracia staliniana han alcanzado el punto después

* Gran propagandista, orador y organizador que, en 1863, fundó la Asociación General de Trabajadores de Alemania, el primer movimiento socialista de masas de ese país.

del cual viene la catástrofe. Esta es la fórmula, en sus tres aspectos, que caracteriza la situación en Alemania. Todas las cosas están sobre el filo de un cuchillo.

LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

El proletariado más poderoso de Europa —el más poderoso de acuerdo con su lugar en la producción, por su peso social y la fuerza de sus organizaciones— no ha hecho resistencia a Hitler desde su llegada al poder y sus primeros ataques violentos contra las organizaciones obreras. Este es un hecho sobre el cual deben basarse todos los cálculos estratégicos futuros.

Sería patentemente estúpido creer que la evolución subsecuente de Alemania irá según los derroteros italianos; que Hitler reforzará su dominio gradualmente, paso por paso... no, la suerte futura del nacionalsocialismo tendrá que ser analizada partiendo del estudio de las condiciones alemana e internacional y no de analogías puramente históricas. Pero esto es ya evidente: si, desde septiembre de 1930 en adelante, exigimos a la Internacional Comunista una política de corto alcance en Alemania, ahora es necesario elaborar una política de largo alcance. Antes de que pueda ser posible otra vez cualquier batalla *decisiva*, la vanguardia proletaria tendrá que orientarse, esto es, entender que ha pasado, fijar la responsabilidad de la gran derrota histórica, trazar el nuevo camino y de este modo recuperar su confianza en sí misma.

El papel criminal de la socialdemocracia no requiere comentarios: la Internacional Comunista fue creada hace catorce años, precisamente para arrancar al proletariado de la influencia desmoralizadora de la socialdemocracia. Si no ha logrado su objetivo hasta el momento, si el proletariado alemán se encontró impotente, desarmado y paralizado en el momento de la prueba histórica más grande, la culpa directa e inmediata recae sobre la dirección de la Comintern posterior a Lenin. Esta es la primera conclusión que debemos sacar inmediatamente.

Bajo los golpes pérfidos de la burocracia stalinista, la Oposición de Izquierda [los trotskistas] mantuvieron hasta el fin su fidelidad al partido oficial. Los bolcheviques leninistas [trotskistas] comparan ahora la suerte de todas las organizaciones comunistas: nuestros militantes son arrestados, nuestras publicaciones prohibidas, nuestra literatura confiscada. Hitler se apuró, incluso, para prohi-

· De *Fascism. What It Is* [*Fascismo: ¿qué es?*], por León Trotsky, pp. 20-22. Versión al español: "La tragedia del proletariado alemán" en *Comunismo*, Año III, Número 23, abril de 1933, pp. 156-158.

bir el *Boletín de la Oposición* que aparece en ruso. Pero si junto con toda la vanguardia proletaria, los bolcheviques-leninistas sufren las consecuencias de la primera gran victoria del fascismo, no pueden tener y no tendrán ni una sombra de responsabilidad por la política oficial de la Comintern.

Desde 1923, es decir, desde el principio de la lucha contra la Oposición de Izquierda, la dirección stalinista, aunque en forma indirecta, ayudó a la socialdemocracia con todas sus fuerzas a que descarrilara, confundiera y debilitara al proletariado alemán; detuvo y reprimió a los obreros cuando las condiciones dictaban una ofensiva revolucionaria valiente; proclamó la aproximación de una situación revolucionaria cuando esa situación ya se había ido; hizo pactos con los hipócritas y parloteadores pequeñoburgueses; cojeó impotente tras la cola de la socialdemocracia bajo la cubierta de la política del frente único; proclamó el "tercer período" y la lucha por la "conquista de las calles" bajo las condiciones de un reflujo político y de debilidad del partido comunista; reemplazó la lucha seria, por saltos, aventuras y desfiles; aisló a los comunistas de los sindicatos de masas; frente a las bandadas agresivas del nacionalsocialismo identificó a la socialdemocracia con el fascismo y rechazó el frente unido con las organizaciones obreras de masa; sabotó la mínima iniciativa de una defensa unida y al mismo tiempo engañó sistemáticamente a los obreros sobre la verdadera relación de fuerza, distorsionó los hechos, haciendo pasar a los amigos por enemigos y a estos como amigos y apretó cada vez más fuerte la soga sobre el cuello del partido, sin permitir que respirara libremente, sin permitir que hablara y pensara.

De la vasta literatura dedicada a la cuestión del fascismo es suficiente referirse al discurso de Thälmann, dirigente oficial del Partido Comunista Alemán quien, en el pleno del ejecutivo de la Comintern, en abril de 1931, denunció así a los "pesimistas", esto es, a aquellos que veían lo que se avecinaba: "No hemos dejado que los sentimientos de pánico nos destruyan... Sobria y firmemente hemos establecido el hecho de que el 14 de septiembre de 1930, fue en cierto sentido el mejor día de Hitler, y que después de él vendrán peores y no mejores. Nuestra estimación... es confirmada por los acontecimientos... En la actualidad los fascistas ya no tienen de qué reírse". Refiriéndose a la creación de grupos de defensa por la socialdemocracia, Thälmann demostró en el mismo discurso que estos grupos no difieren en ningún respecto de las tropas de choque de los nacionalsocialistas y que ambos se están preparando en forma paralela para aniquilar el comunismo.

Hoy, Thälmann está preso. Frente a la reacción triunfante, los bolcheviques-leninistas están en las mismas filas en que está

Thäelmann. Pero la política de Thäelmann es la política de Stalin, esto es, la política oficial de la Comintern. Es precisamente esta política la que es causa de la desmoralización completa del Partido en el momento de peligro, cuando los líderes pierdan su habilidad para razonar, cuando los miembros del Partido desacomodados a pensar, caen postrados y cuando las posiciones históricas principales son abandonadas sin lucha.

Una teoría política falsa lleva en sí misma su castigo. La fuerza y la terquedad del aparato sólo aumenta las dimensiones de la catástrofe.

¿QUE ES EL NACIONAL-SOCIALISMO?

La gente ingenua cree que la condición de monarca radica en el rey mismo, en su manto de armiño y en su corona, en sus huesos y en sus venas. En realidad, la condición de monarca estriba en una interrelación de personas. El rey sólo es rey por que a través de su persona se reflejan los intereses y prejuicios de millones de personas. Cuando la creciente de los acontecimientos arrolla estas interrelaciones, se pone de manifiesto que el rey no es sino un hombre acabado de bello colgante. El que alguna vez fue llamado Alfonso XIII [rey de España, 1886-1931], podría disertar sobre esto, echando mano de sus impresiones recientes.

La diferencia entre el dirigente por voluntad de Dios y el dirigente por voluntad del pueblo estriba en que éste último se ve obligado a abrirse camino por sí mismo o, al menos, a ayudar a la conjunción de las circunstancias a revelarlo. No obstante, el dirigente constituye siempre una relación entre hombres, una oferta individual para una demanda colectiva. La controversia sobre la personalidad de Hitler se vuelve tanto más vehemente cuanto más se busca el secreto de su éxito en él mismo. Mientras tanto, sería difícil hallar otra figura política que sea, en la misma medida, el foco de fuerzas históricas anónimas. No todo pequeño burgués desesperado puede haber llegado a ser un Hitler; pero hay un pedazo de Hitler en todo pequeño burgués desesperado.

El rápido crecimiento del capitalismo alemán antes de la primera guerra mundial no significó de ningún modo la desaparición de las clases medias; si bien destruyó algunas capas de la pequeña burguesía, creó otras nuevas: artesanos y tenderos, en torno a las fábricas, y técnicos y empleados dentro de las mismas. Pero, al mis-

De *Fourth International*, [Cuarta Internacional], por León Trotsky, Febrero de 1943, pp. 59-62. Versión al español: *Retrato del nacional-socialismo*, Santiago, Chile, julio de 1934, pp. 7-14.

mo tiempo, que se conservan y crecen en número —la antigua y la nueva pequeña burguesía abarca poco menos de la mitad del pueblo alemán— las clases medias han perdido la última sombra de su independencia; viven al margen de la gran industria y del sistema bancario, subsisten con las migajas de la mesa de los monopolios y cartels, y se alimentan con las dádivas de sus teóricos y políticos tradicionalistas.

La derrota, en 1918, levantó un muro en el camino del imperialismo alemán. La dinámica externa se transformó en interna; la guerra se transformó en revolución. La socialdemocracia, que ayudó a los Hohenzollern a conducir la guerra hasta su trágico término, impidió al proletariado llevar la revolución hasta el fin. Empleó catorce años buscando interminables excusas en su propia existencia para justificar la democracia de Weimar. El Partido Comunista llamó a los obreros a una nueva revolución, pero mostró ser incapaz de conducirla. El proletariado alemán pasó por el ascenso y el desplome de la guerra, de la revolución, del parlamentarismo y del seudobolchevismo. En el momento en que los vetustos lazos de la burguesía se habían agotado hasta pudrirse, sucedió que la fuerza dinámica de la clase trabajadora estaba resquebrajada.

El caos de la post-guerra afectó a los artesanos, tenderos y empleados civiles con no menos crueldad que a los obreros. La crisis económica en la agricultura estaba arruinando a los campesinos. El derrumbe de las clases medias no significó su proletarianización dado que el mismo proletariado estaba produciendo un enorme ejército de desocupados crónicos. La pauperización de la pequeña burguesía, escasamente abrigada con corbatas y medias de seda artificial, acabó con todas las creencias oficiales y ante todo con las enseñanzas del parlamentarismo democrático.

La multiplicidad de partidos, la fiebre álgida de las elecciones, el constante cambio de Ministerios agravaron la crisis social al crear un kaleidoscopio de estériles combinaciones políticas. En la febril atmósfera engendrada por la guerra, la derrota, las reparaciones, la inflación, la ocupación del Ruhr, la crisis, la miseria y la desesperación, la pequeña burguesía se rebeló contra todos los viejos partidos que la habían engañado. Los agudos males de los pequeños propietarios, siempre próximos a la bancarrota, cuyos hijos universitarios carecían de empleos y clientes, cuyas hijas no tenían dotes ni pretendientes, clamaban por una mano de hierro.

La bandera del nacional socialismo fue levantada por advenedizos provenientes de las filas medias e inferiores de oficiales del viejo ejército. Los oficiales y sub-oficiales, cubiertos de con-

decoraciones, no podían admitir que su heroísmo y sus padecimientos por la patria no solamente habían sido inútiles sino que no les confería ningún derecho a exigir recompensas; de ahí su odio a la revolución y al proletariado. Al mismo tiempo, no querían resignarse a ser enviados de vuelta por los banqueros, industriales y ministros a sus mediocres puestos de contadores, ingenieros, empleados de comercio y maestros de escuela; de ahí su "socialismo". En el Yser y en Verdún habían aprendido a jugarse la vida propia y la de los demás y a hablar el lenguaje de mando, lo que impresionaba poderosamente al pequeño burgués que se encontraba detrás de las líneas de fuego. Así, se hicieron caudillos.

Al comienzo de su carrera política quizás Hitler se distinguió solamente por tener un gran temperamento, una voz más sonora y una mentalidad estrecha mucho más segura de sí misma. No aportó al movimiento ningún problema elaborado, si descontamos la sed de venganza del agraviado soldado alemán. Empezó con protestas y quejas contra el Tratado de Versalles, contra la carestía de la vida, contra la falta de respeto al meritorio sub-oficial, contra las maquinaciones de los banqueros y periodistas de confesión mosaica. Había en el país mucha gente empobrecida y a punto de naufragar, con cicatrices y contusiones recientes. Toda ella quería pegar puñetazos en la mesa. Hitler podía hacer esto mejor que los otros, aunque en verdad, no sabía cómo curar los males. Pero sus peroratas sonaban ora como órdenes, ora como ruegos dirigidos al destino inexorable. Las clases condenadas a la muerte, igual que los enfermos desahuciados, jamás se cansan de componer variaciones sobre sus quejas y de escuchar consuelos. Todos los discursos de Hitler se adaptaban a esa situación. La amorfia sentimental, la carencia de pensamiento disciplinado, la ignorancia acompañada de erudición abigarrada, todas estas deficiencias se convirtieron en cualidades positivas y le permitieron llenar el saco de pordioseros del nacional socialismo, con todas las formas del descontento y conducir la masa hacia donde ella le empujaba. De sus primeras improvisaciones personales sólo quedaron en el recuerdo del agitador las que fueron aplaudidas. Sus pensamientos políticos fueron el efecto de la acústica oratoria. De esta manera se eligieron las consignas y se consolidó el programa. Así fue, cómo de la materia bruta, se hizo el "fuhrer".

Mussolini fue desde el principio más conocedor de los asuntos oficiales que Hitler, el cual tiene más afinidad con la mística policiaca de un [príncipe Klemens von] Metternich que con el álgebra política de Maquiavelo. Mussolini es espiritualmente más audaz y cínico. Puede decirse que el ateo romano se sirve de la

religión en igual forma que de la policía o de la justicia, mientras que su colega de Berlín cree realmente en la infalibilidad de la Iglesia de Roma. En la época en que el futuro dictador de Italia consideraba aún a Marx "nuestro inmortal maestro común", sostuvo no sin habilidad la teoría de que, primordialmente, en la vida de la sociedad actual se da la acción recíproca de dos clases: la burguesía y el proletariado. Es verdad, escribió Mussolini en 1914, que entre esas dos clases existen numerosas capas medias que aparentemente constituyen "una trama unificadora de lo humano colectivo"; pero, "en los períodos de crisis, las capas medias, de acuerdo con sus intereses e ideas, son arrastradas por una u otra de las dos clases fundamentales". ¡Una generalización muy importante! Así como la ciencia médica proporciona la posibilidad no sólo de curar al enfermo sino también de enviar al sano a reunirse con sus antepasados por la vía más corta, el análisis científico de las relaciones de clase —que su autor creó para la movilización del proletariado— sirvió a Mussolini, cuando se pasó al campo contrario, para movilizar a las clases medias contra el proletariado. Hitler ha realizado la misma hazaña, sólo que tradujo la metodología del fascismo italiano al lenguaje de la mística alemana.

Las fogatas donde se quema la literatura impía del marxismo ilumina vivamente la naturaleza de clase del nacional socialismo. Mientras los nazis obraron como partido y no como poder estatal, no encontraron ningún eco en la clase obrera. Por otra parte, la gran burguesía, aún aquella que apoyaba a Hitler con dinero, no se consideraba del mismo partido. La "regeneración" nacional se apoyaba pura y exclusivamente sobre las clases medias, la parte más retrógrada del país, el pesado lastre de la historia. El arte político consistió, pues, en agrupar a la pequeña burguesía mediante el odio al proletariado. ¿Qué hacer para mejorar la situación? En primer lugar, oprimir a los que están abajo. Impotente ante el gran capital, la pequeña burguesía espera recuperar en lo futuro su dignidad social, abrumando a los trabajadores.

Los nazis dan a su movimiento el nombre usurpado de revolución. En realidad, el fascismo tanto en Alemania como en Italia deja intacto el orden social existente. El movimiento de Hitler, considerado aisladamente, tampoco puede llamarse contrarrevolución. Pero no puede ser mirado como un acontecimiento aislado, pues es el último de una serie de sacudimientos que empezaron en Alemania en 1918. La revolución de noviembre, que dió el poder a los soviets de obreros y campesinos, fue proletaria en sus tendencias fundamentales. Pero el partido que estaba a la cabeza del proletariado devolvió el poder a la burguesía. En este

sentido, la social democracia abrió la era de la contrarrevolución antes que la revolución alcanzara a terminar su obra. Sin embargo, mientras la burguesía dependió de la social democracia y, por consiguiente, del proletariado, el régimen conservó elementos de conciliación. Pero al mismo tiempo, la situación internacional y nacional del capitalismo alemán no podía permitir más concesiones. La social democracia salvó a la burguesía de la revolución proletaria; luego llegó su oportunidad al fascismo para liberar a la burguesía de la social democracia. El movimiento hitlerista es únicamente el último eslabón de la cadena de los desplazamientos contrarrevolucionarios.

El pequeño burgués es hostil a la idea del desarrollo, porque el desarrollo va siempre contra él; el progreso sólo le ha traído deudas a pagar. El nacional socialismo no sólo rechaza al marxismo sino también al darwinismo. Los nazis condenan al materialismo porque el triunfo de la tecnología sobre la naturaleza representa la victoria del gran capital sobre el pequeño. Los jefes del movimiento están liquidando el "intelectualismo" no tanto porque ellos mismos están dotados de una mentalidad de segundo o tercer orden, sino principalmente porque su papel histórico no les permite llevar un solo pensamiento hasta su conclusión. Los pequeños burgueses se amparan en el último refugio, en una mitología que se halla por encima de la materia y de la historia y que está al resguardo de la competencia, la inflación, la crisis y la bancarrota. A la evolución, al pensamiento económico y al racionalismo de los siglos XX, XIX y XVIII, se contraponen en su mente el idealismo nacional como fuente del inicio heroico. La nación de Hitler es la sombra mitológica de la pequeña burguesía, su ilusión patética de un milenio sobre la tierra.

Para elevarla sobre la historia, se otorga a la nación el apoyo de la raza. Se concibe la historia como manifestación de la raza. Las peculiaridades de la raza son construídas sin tener en cuenta las condiciones sociales variables. Al rechazar el "pensamiento económico" como pedestal, el nacional socialismo desciende a un nivel más bajo: del materialismo económico apela al materialismo zoológico.

La teoría de las razas —especialmente creada según parece, para un autodidacta pretencioso que busca una clave universal para todos los misterios de la vida— vista a la luz de la historia de las ideas, aparece sobre todo triste. Para crear la religión de la auténtica sangre germana, Hitler tuvo que tomar de segunda mano las ideas racistas de un francés, el conde [José A. G. G] Gobineau, diplomático y escritor *dilettante*. La metodología política, la encontró ya hecha en Italia. Mussolini ha utilizado

mente para su provecho la teoría marxista de la lucha de clases. El propio marxismo es fruto de la unión de la filosofía alemana, de la historia francesa y de la economía inglesa. Al investigar retrospectivamente la genealogía de las ideas —aún de las más retrógradas y de las más estúpidas— no queda de pie una sola huella de racismo. La delgadez inconmensurable de la filosofía nacional socialista no ha impedido, naturalmente, a los profesores universitarios navegar con las velas desplegadas en la corriente de Hitler, cuando su triunfo fue un hecho. Los años del régimen de Weimar fueron para la mayoría de la plebe profesoral un período de disturbios e inquietud. Los historiadores, los economistas, los jurisconsultos y los filósofos se pasaron cavilando sobre cuál de los criterios de verdad que se debatían era el exacto, es decir, qué campo resultaría al final dueño de la situación. La dictadura fascista elimina las dudas de los Faustos y las vacilaciones de los Hamlets de las cátedras universitarias. Del ocaso del relativismo parlamentario el conocimiento pasa nuevamente al reino de lo absoluto. Einstein ha sido obligado a fijar su morada fuera de Alemania.

En el terreno de la política, el racismo es una especie insulsa y ampulosa de chauvinismo acompañado de frenología. Así como la nobleza arruinada buscó consuelo en la noble alcuernia de su sangre, la pequeña burguesía se aturde a sí misma con los cuentos de las extraordinarias virtudes de su raza. Es digno de notarse que los jefes del nacional socialismo no son germanos autóctonos sino emigrados de Austria, como el mismo Hitler, de las antiguas provincias bálticas del imperio zarista, como [Alfred] Rosenberg y de los países coloniales como [Rudolf] Hess,* actual sustituto de Hitler en la dirección del Partido. Fue necesaria la escuela de los bárbaros celos nacionales en las fronteras de la cultura para infundir en los "jefes" el pensamiento que luego halló eco en el corazón de las clases más bárbaras de Alemania.

El individuo y la clase —el liberalismo y el marxismo— son el mal. La nación es el bien. Pero en el umbral de la propiedad privada se transforma esta filosofía en lo contrario. Sólo en la propiedad privada estriba la salvación. La idea de la propiedad nacionalizada es el engendro del bolchevismo. Si bien el peque-

* Rosenberg fue el principal teórico nazi del racismo, encargado hasta 1941 de la "educación" de los miembros del partido y director de *Veikischer Beobachter*, el periódico oficial nazi. Fue ajusticiado en Nuremberg, en 1946. Hess, alto oficial nazi nacido en Egipto, ayudó a Hitler a escribir *Mein Kampf* y fue nombrado Führer sustituto en 1933. En mayo de 1941 voló a Escocia llevando proposiciones de paz; fue encerrado en un campo de concentración por el resto de la guerra y, en octubre de 1946, se le condenó en Nuremberg a cadena perpetua.